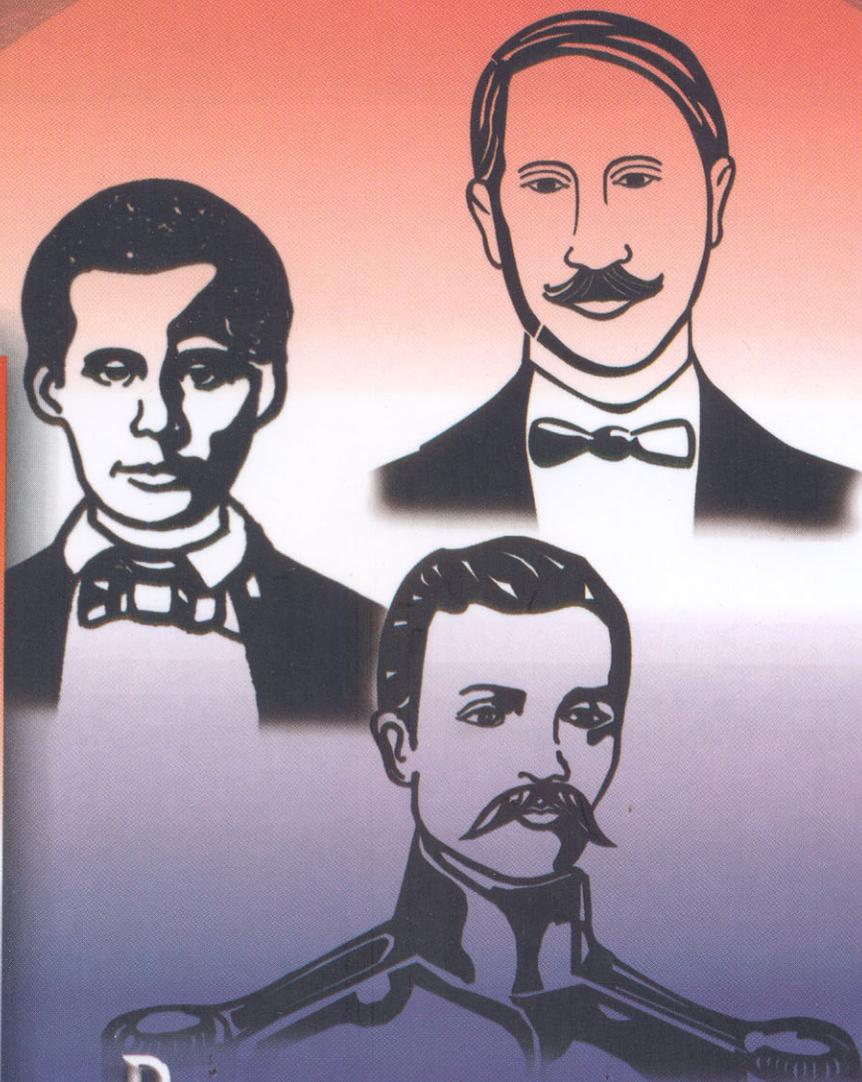


ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN
COMISIÓN PERMANENTE DE EFEMÉRIDES PATRIAS



COLECCIÓN JUVENIL VOL. V

PADRES DE LA PATRIA

ROBERTO CASSÁ

PADRES DE LA PATRIA

Comisión Permanente de Efemérides Patrias
Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen V

PADRES DE LA PATRIA

Roberto Cassá

Santo Domingo
2008

Comisión Permanente de Efemérides Patrias
Archivo General de la Nación
Colección Juvenil
Volumen V

© Archivo General de la Nación
Calle Modesto Díaz Núm. 2
Zona Universitaria, Santo Domingo, D. N.
Teléfono (809) 362-1111 / Fax (809) 362-1110
www.agn.gov.do

© Comisión Permanente de Efemérides Patrias
Calle Modesto Díaz Núm. 2,
Zona Universitaria, Santo Domingo, D. N.
Teléfono: (809) 535-7285 / Fax: (809) 362-0007

Título de la publicación:
PADRES DE LA PATRIA

Autor:
ROBERTO CASSÁ

Edición al cuidado de Emilio Hernández Valdés

Diagramación:
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES AGN

Diseño de cubierta:
Elizabeth Del Rosario

ISBN 978-9945-020-

Impresión:
EDITORIA ALFA Y OMEGA

Impreso en República Dominicana • Printed in the Dominican Republic

CONTENIDO

Juan Pablo Duarte El Padre de la Patria

La grandeza de Duarte /	13
Los años formativos /	15
Fundación de La Trinitaria /	16
Las enseñanzas de Duarte /	21
La Reforma /	25
Lucha contra los afrancesados /	28
En el Apure /	33
Veinte años después: en la Restauración /	36
Bibliografía /	40

Francisco del Rosario Sánchez Fundador de la República

Su dimensión en la historia dominicana /	43
Orígenes familiares /	44
Infancia y juventud /	46
Preparación de la Independencia /	47
El Manifiesto del 16 de enero /	49
El 27 de Febrero /	55
Los primeros meses de la República /	57
Éxito y retorno /	61
Con Báez /	63
Contra la anexión /	65
Expedición e inmolación /	69
Bibliografía /	72

Matías Ramón Mella
El patriotismo hecho acción

Su dimensión / 75
Iniciación revolucionaria / 76
Hacia el 27 de Febrero / 77
De vuelta al Cibao / 81
Con Santana / 85
Misión en España / 86
En la revolución de 1857 / 87
Ruptura con Santana / 89
Vicepresidente restaurador / 90
Bibliografía / 92

JUAN PABLO DUARTE
EL PADRE DE LA PATRIA

Sí, Juan Pablo, la historia dirá: que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la patria; que conspiraste, a la par de sus padres, por la perfección moral de toda ella; la historia dirá: que fuiste el Apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria.

JUAN ISIDRO PÉREZ

La paz está restablecida en todo el país, pues el sosiego público que se había turbado con el nombramiento ilegal para presidente de la República, a Juan Pablo Duarte, cuyos servicios son ignorados, y eran desconocidos; joven inexperto que lejos de haber servido a su país, jamás ha hecho otra cosa que comprometer su seguridad y las libertades públicas: pero los amantes del orden, y de los principios, los buenos patriotas se apresuraron a poner remedio a esta especie de calamidad.

TOMÁS BOBADILLA

LA GRANDEZA DE DUARTE

Pocos cuestionan que Juan Pablo Duarte es la figura de mayor estatura en la historia dominicana. Su mérito principal radica en haber sido el primero en comprender que el pueblo dominicano tenía las potencialidades para constituirse en nación, lo que quiere decir para llevar una vida soberana a través de un Estado plenamente independiente. Al enunciar este objetivo, trazó las orientaciones de las luchas por la libertad y la igualdad que caracterizaron la historia dominicana en el siglo XIX.

Pero Duarte fue mucho más lejos que aspirar a una vida independiente, porque también trazó los rasgos del orden político y social deseable. En tal sentido, se adscribió a las nociones de la Revolución Francesa de libertad, igualdad y fraternidad, que inauguraron la vida moderna, por oposición al “viejo régimen” del absolutismo de los monarcas y la preeminencia de los nobles. El ideario nacional de Duarte, en consecuencia, estaba inserto en una concepción liberal y democrática radical, puesto que combatía denodadamente todas las expresiones de ideología conservadora, favorables al mantenimiento de los privilegios para ciertos grupos.

A pesar de que los dominicanos constituían ya a inicios del siglo XIX un conglomerado con rasgos particulares y tenían conciencia de esa situación, la pobreza del país, que se manifestaba en todos los órdenes, incluidos el político y el intelectual, impedía que de esa identidad surgiera la aspiración hacia una vida libre de todo dominio extranjero. El mérito de Duarte estriba en haberse sobrepuesto a esas dificultades, al negar toda forma de dependencia de una potencia extranjera.

Cuando se observan los movimientos nacionales previos a 1838, fecha en que Duarte inició sus labores revolucionarias, se comprueba

que no llegaron nunca a la propuesta de crear un Estado plenamente independiente que respondiera a la soberanía del pueblo y que aplicara los preceptos de la libertad y la igualdad. Por ejemplo, los dominicanos derrotaron la dominación francesa en 1808, pero lo hicieron para volver bajo el dominio español. En ese momento muy pocos consideraron que procedía crear un Estado independiente, por lo que esta idea no tomó cuerpo como corriente política. En 1821, José Núñez de Cáceres derrocó el dominio español, pero colocó al naciente Estado como parte de la Gran Colombia y no visualizó un orden democrático de igualdad, pues mantuvo la esclavitud.

La capacidad innovadora de Duarte se explica porque fue un ser superior, dotado de una constitución moral inquebrantable, que se propuso sacrificarlo todo en aras de su ideal y no transigió con soluciones mediatizadas. Fue, por ende, un radical en las ideas y en la acción. Y esto lo llevó a combatir intransigentemente a los conservadores que eran partidarios de anexar el país a una potencia extranjera. La intransigencia de Duarte alcanzó ribetes excelsos: el ideal lo era todo, más allá de las dificultades que pudiera presentar el medio y de la oposición de los enemigos.

Esta recia conformación moral le granjeó adversidades de todo tipo y lo sustrajo muy pronto de la vida del país, pues decidió no transigir con el despotismo y el anexionismo que se hicieron las guías de los dirigentes políticos dominicanos poco después de proclamada la independencia. Precisamente, Duarte dirigió la resistencia para que esto sucediera y fue derrotado porque las condiciones no le fueron propicias para la plasmación de su ideal. El aislamiento de Duarte de la vida dominicana tuvo ribetes trágicos, porque no dejó un solo minuto de soñar con la felicidad de su pueblo. Esta entrega incondicional a la causa nacional lo eleva hasta hoy al ejemplo superior de las virtudes cívicas y morales que deben concretarse en un orden político y social que erradique la opresión y la desigualdad.

LOS AÑOS FORMATIVOS

Duarte nació el 26 de enero de 1813, cuando todavía existía el dominio español. Su padre, Juan José Duarte, era un acomodado comerciante nacido en España, y su madre, Manuela Diez, había nacido en El Seibo descendiente de españoles. Su infancia y primera juventud transcurrieron entre la época denominada “España Boba” y el dominio haitiano. En estos últimos años no había prácticamente manifestaciones de oposición a los invasores de occidente, puesto que inicialmente tomaron medidas de tipo revolucionario que les granjearon el apoyo de gran parte de la población, sobre todo de los estratos pobres y de color.

Duarte no pudo realizar estudios superiores formales porque el país se había quedado sin universidad. Informa su hermana Rosa Duarte que estudió en la escuela de Manuel Aybar, y luego aprendió inglés y francés. Tuvo, empero, la suerte de que su padre lo complaciera con la realización de un viaje por Estados Unidos y Europa, posiblemente entre los años 1829 y 1832, a fin de realizar estudios de comercio. Esta estadía en el exterior le permitió conocer las aspiraciones liberales y democráticas que bullían en Europa contra los restos del antiguo régimen. También, de seguro, le permitió tomar conciencia de la reivindicación nacional. Es ilustrativo que, tras su retorno, uno de los amigos de su padre, Manuel María Valverde, le preguntó qué le había impresionado más de su viaje, a lo que respondió: “los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero que demos nosotros un día a nuestra patria”.

A pocos días de iniciado el viaje, el capitán del barco, después de conversar un rato con Pablo Pujol, el catalán que acompañaba al joven Duarte, y hacer comentarios sobre el país, se dirigió a Duarte preguntándole si no le daba pena decir que era haitiano, y respondió éste: “Yo soy dominicano”. Acto seguido el capitán español insistió: “Tú no tienes nombre, porque ni tú ni tus padres merecen tenerlo, porque, cobardes y serviles, inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos.” Años después relató que estas palabras humillantes lo llevaron en ese mismo momento a la resolución de luchar por la independencia dominicana.

Tras regresar, el joven Duarte ayudó a su padre en las labores comerciales, algo que le dio un sentido de trabajo y lo relacionó con los grupos del alto comercio de la época. Pero al mismo tiempo se dedicó al estudio, y tomó clases particulares con el presbítero Juan Vicente Moscoso, considerado uno de los espíritus más preclaros de la época. Su capacidad se vio rápidamente colocada por encima del medio, lo que le permitió iniciar una labor educativa de algunos amigos, casi todos del mismo círculo social de familias de raigambre urbana, ascendencia colonial y española, y en las cuales, por lo tanto, bullía un espíritu de inconformidad con el dominio haitiano.

Pero lo que pudo haber sido una reacción tradicionalista en esos jóvenes, gracias a Duarte se encaminó hacia la conformación del primer núcleo democrático y nacional de la historia dominicana. Tal vez la clave de esto se debió a la condición joven de todos ellos. El repudio a la opresión, sin compromiso con el pasado, los hizo receptivos a las prédicas de Duarte. Así, pues, el antecedente de la organización revolucionaria formada por Duarte fue un conglomerado de amigos, cohesionados bajo su orientación en la actividad del estudio y la reflexión intelectual.

Estas actividades se fortalecieron con motivo de la llegada al país del sacerdote peruano Gaspar Hernández, designado párroco de San Carlos, al parecer de elevada formación intelectual, quien organizó un grupo de estudios de filosofía en 1842. Sin embargo, Gaspar Hernández no tuvo responsabilidad en la dirección patriótica y revolucionaria del conjunto de jóvenes, puesto que no era un liberal, sino un partidario del retorno del dominio español.

FUNDACIÓN DE LA TRINITARIA

Cuando Duarte consideró que había logrado transmitir su apostolado a esos amigos, decidió pasar a una fase de organización política, para lo que creó la sociedad secreta La Trinitaria el 16 de julio de 1838, en una reunión sostenida en la casa de Juan Isidro Pérez, ubicada en la hoy calle Arzobispo Nouel (antes calle del Arquillo) frente a la iglesia del Carmen. De acuerdo con el testimonio de

Félix María Ruiz, uno de los congregados, se procedió a hacer el siguiente juramento:

En nombre de la Santísima, Augustísima e Indivisible Trinidad de Dios Omnipotente: juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan P. Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una República libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos, encarnados y azules, atravesado por una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los trinitarios con las palabras sacramentales: Dios, Patria y Libertad. Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo.

Ese juramento fue firmado, según la tradición, con sangre por cada uno de los presentes. Ha habido criterios encontrados acerca de quiénes fueron los fundadores de La Trinitaria. Este tema ha sido dilucidado por Vetilio Alfau Durán en su artículo “Los fundadores de La Trinitaria”. Tres fundadores de la organización del 16 de julio, José María Serra, Félix María Ruiz y Juan Nepomuceno Ravelo, dieron versiones distintas acerca de los asistentes a la ceremonia.

JOSÉ MARÍA SERRA:

Juan Pablo Duarte

Juan Isidro Pérez

José María Serra

Juan Nepomuceno Ravelo

Félix María Ruiz

Benito González

Jacinto de la Concha

Pedro Alejandrino Pina

Felipe Alfau

JUAN N. RAVELO:

Juan Pablo Duarte

Juan Isidro Pérez

José María Serra

Juan Nepomuceno Ravelo

Benito González

Vicente Celestino Duarte

Felipe Alfau

FÉLIX MARÍA RUIZ:

Juan Pablo Duarte

Francisco del Rosario Sánchez

Pedro Antonio Bobea

Ramón Mella

Félix María Ruiz

Pedro Pina

José María Serra

Juan Isidro Pérez

Jacinto de la Concha

Así, pues, Serra, Ruiz y Ravelo convalidan su propia asistencia a esa reunión solemne, al igual que las de Duarte, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez. Se debe aclarar que la lista de Ravelo es incompleta, ya que señaló que había habido doce asistentes, de los cuales únicamente recordaba los nombres de siete.

Cuando Emiliano Tejera interrogó a Duarte en Caracas, en 1864, éste le señaló que Sánchez y Mella ingresaron de inmediato a La Trinitaria. Tejera llegó a la conclusión de que el 16 de julio hubo dos reuniones, una inaugural en la mañana y otra en la tarde, en que se incorporaron nuevos integrantes. Distintas fuentes señalan que en el inicio de La Trinitaria se contaron varias categorías de miembros. Tejera, con el aval de otros estudiosos del tema, llegó a la conclusión de que los asistentes a la reunión de la mañana fueron: Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro A. Pina, Jacinto de la Concha, Félix M. Ruiz, José M. Serra, Benito González, Juan N. Ravelo y Felipe Alfau. Además de estos nueve, se señala la adhesión inmediata

de varios más, que cabe considerar también como fundadores de la organización revolucionaria a Francisco del Rosario Sánchez, Matías Ramón Mella, Vicente Celestino Duarte, Félix María Delmonte, Juan Nepomuceno Tejera, Tomás de la Concha, Jacinto de la Concha, José A. Bonilla, Pedro Carrasco, Epifanio Billini, Joaquín Lluberés, Pedro Pablo Bonilla, Pedro Antonio Bobea, Juan Evangelista Jiménez, Remigio del Castillo y otros.

La Trinitaria fue una organización que no tenía precedentes en el país: el primer agrupamiento revolucionario animado por una doctrina política, con un programa y un sistema de organización. Su razón de ser estribaba en plasmar el objetivo que había predicado Duarte, en primer lugar derrocar el dominio haitiano para fundar un Estado independiente. Por eso, como se puede leer en el juramento, la entidad se organizó alrededor de la fidelidad a la persona de Duarte. Las enseñanzas del Padre de la Patria resumían la doctrina y el programa de la sociedad. El movimiento de los trinitarios, según refiere Rosa Duarte, fue conocido como “revolución de los muchachos” a causa de la juventud de casi todos. Los conservadores los veían con desconfianza y burla por el idealismo desinteresado. Acuñaron el neologismo despectivo de *filorios*, palabra que venía de filósofos, con lo que se quería denotar que eran románticos carentes de realismo.

Contrario a esta visión, Duarte dotó a La Trinitaria de los recursos prácticos y organizativos necesarios para alcanzar sus objetivos. Se puede asociar a La Trinitaria con la tradición masónica y con las organizaciones libertarias de los países mediterráneos que propugnaban por implantar regímenes liberales, como los carbonarios de Italia. Su principal rasgo distintivo fue el secreto que debía guiar las actividades; por eso, se dotó de una organización celular, lo que significa que cada núcleo de conspiradores debía existir como un cuerpo independiente del resto. La Trinitaria se concibió, por tanto, como una cadena de conspiradores que confluían en los primeros iniciados: cada uno de ellos debía crear una célula con dos integrantes más y, a su vez, éstos crear otras células con la incorporación de dos nuevos adeptos. Cada miembro únicamente debía conocer a los integrantes de las células a las que perteneciera.

Duarte fue nombrado presidente y general de la organización secreta, con facultad de otorgar grados. Sus seguidores más cercanos recibieron el rango de coronel y se les reconocía por un seudónimo y un color. Por ejemplo, Duarte tenía el azul, que significaba gloria; Pérez tenía el amarillo, símbolo de la política; Pina el rojo para significar la pasión patriótica, y Sánchez el verde, para la esperanza. La importancia que concedió a las tareas militares se pone de manifiesto en el hecho de que él ingresó a la Guardia Nacional, un cuerpo militar haitiano compuesto por civiles, e invitó a sus compañeros a hacer lo mismo. En las actividades educativas de Duarte se incluyeron clases de tiro y de esgrima, a fin de preparar a sus discípulos para la guerra.

A pesar de las precauciones conspirativas que acompañaron al funcionamiento de la sociedad secreta, se ha inferido —por lo que contienen las escasas fuentes— que hubo la defección de un Judas que llevó a la virtual disolución de esta sociedad. Por lo que indica Rosa Duarte, se supone que el traidor fue Felipe Alfau, aunque probablemente no denunció lo que conocía, sino que se alejó y cambió de posición política. En los años posteriores, se señalaría a Alfau como uno de los conservadores más decididamente opuestos a las ideas liberales y democráticas de Duarte. Tiempo después, otros compañeros de Duarte le dieron la espalda a sus enseñanzas, como Juan Nepomuceno Tejera, quien apoyó tanto la anexión a España de 1861 como el proyecto de anexión a Estados Unidos de 1869.

Aunque no se conozcan los detalles precisos, La Trinitaria dejó de funcionar no mucho tiempo después de fundada. De seguro, aparte de la posible defección de Alfau y otros incidentes, quedó patente que había múltiples dificultades para proseguir la acción revolucionaria debido a la apatía de la población, que todavía no comprendía las concepciones de los jóvenes trinitarios. Pero esto no significa que se paralizaran los trabajos; Duarte procedió a crear La Filantrópica, una sociedad legal donde se pronunciaban discursos políticos y se promovía la cultura, compuesta por el mismo núcleo básico que había conformado La Trinitaria. También tomó la iniciativa de fundar la Sociedad Dramática, cuyo objetivo era

difundir los ideales nacionales y democráticos a través de la representación de obras teatrales. En algún momento las autoridades haitianas se sintieron alarmadas a propósito de una de estas obras, cuando se gritó “Haití como Roma”; sin embargo, decidieron no reprimir esta actividad por considerarla inofensiva y que debía ser incluso imitada por los jóvenes haitianos.

LAS ENSEÑANZAS DE DUARTE

Diversos documentos informan acerca de su concepción del orden ideal que debía alcanzar la nación. La principal fuente es el proyecto de Constitución que elaboró entre los meses de abril y junio de 1844 y que debió interrumpir por los acontecimientos que se sucedieron. Ante todo, señala que la independencia absoluta constituye la ley cardinal de la nación y el Estado, y que, por tanto, resulta inviolable, sin importar las circunstancias. Con esto, el Padre de la Patria se contraponía a los conservadores, quienes carecían de fe acerca de la capacidad de los dominicanos para hacer viable un Estado independiente. Cuando los acontecimientos se precipitaron desde inicios de 1843, casi todos los conservadores, pertenecientes a las generaciones mayores de los estratos superiores urbanos, que hasta entonces habían colaborado con los gobernantes haitianos, llegaron a la conclusión de que la fórmula idónea para liberarse del yugo haitiano era el protectorado de Francia. Por esto fueron calificados despectivamente como “afrancesados”. Además de que veían imposible enfrentar la superioridad militar haitiana, estimaban que la presencia de una potencia extranjera resultaba indispensable para promover el progreso económico, ya que el país era demasiado pobre. El más connotado de los afrancesados, Buenaventura Báez, justificaba su postura favorable al protectorado o a la anexión del país con el principio del cosmopolitismo, o sea, que el país estaba obligado a integrarse a las corrientes de la civilización y el progreso vigentes en el mundo.

Para Duarte esas ideas de los conservadores no eran sino la expresión de una vocación antinacional, y utilizó el neologismo de

“orcopolitas”, o sea, ciudadanos del infierno, para calificar a los “cosmopolitas” (ciudadanos del mundo). Por eso, como le escribió muchos años después a su amigo Félix María Delmonte: “Esa fracción o mejor dicho esa facción ha sido, es y será siempre todo menos dominicana; así se la ve en nuestra historia, representante de todo partido antinacional y enemigo nato por tanto de todas nuestras revoluciones”. Duarte estuvo penetrado permanentemente de una dura intransigencia contra los conservadores anexionistas, y expresó en una ocasión: “Mientras no se escarmiente a los traidores, como se debe, los buenos y verdaderos dominicanos serán siempre víctimas de sus maquinaciones.”

Un segundo aspecto de las concepciones de Duarte es su apego a la legalidad, puesto que perseguía establecer un régimen basado en las normas de las instituciones, y no en las conveniencias accidentales de los individuos. Su proyecto de Constitución contiene varias secciones dedicadas a ratificar la obligatoriedad de obediencia de la ley tanto para gobernantes como para gobernados. El significado de la centralidad que acordó el Padre de la Patria a la legalidad del ordenamiento estatal residía en que prevenía cualquier asomo de dictadura, puesto que ésta tiene generalmente su fuente en la violación de la ley. Duarte aspiraba a la construcción de un orden democrático perfecto, donde las competencias de los poderes y de las personas estuviesen claramente delimitadas, a fin de que no hubiese menoscabo de los derechos inherentes a la dignidad de la persona. Por tanto, el norte del sistema político debía ser el respeto de las libertades, empezando por la de creencias. En el proyecto de Constitución se consagra la religión católica como la “predominante en el Estado”, pero sin menoscabo de la “libertad de conciencia y tolerancia de cultos”.

Si bien establecía que la soberanía residía en la nación (la reunión de todos los dominicanos), ésta tenía que mantenerse de acuerdo a un orden democrático. De ahí que el artículo 20 del proyecto de Constitución reza: “La Nación está obligada a conservar y proteger por medio de sus Delegados y a favor de leyes sabias y justas la libertad personal, civil e individual, así como la propiedad y demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen.”

En otro apartado del proyecto de Constitución estableció, por tanto: “Ningún poder de la tierra es ilimitado, ni el de la ley tampoco.”

La concepción democrática del orden político se expresó de manera acabada en su planteamiento de que el Estado dominicano estuviese dividido en cuatro poderes, y no en tres como era lo clásico a partir de la doctrina de Charles de Montesquieu, quien había concebido la teoría de la separación de los tres poderes como fórmula para evitar el despotismo. Además de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, el referido proyecto de Constitución introducía el poder municipal. Es decir, el municipio pasaba a tener una dignidad similar a la de los otros poderes, gozando de plena autonomía, cuestión relevante puesto que se aseguraba el ejercicio de los derechos ciudadanos. Con esta centralidad del municipio, Duarte estaba diseñando una democracia que garantizara el ejercicio participativo de los derechos y deberes ciudadanos.

Lo anterior lo llevó a incluir en el proyecto de Constitución una definición del tipo de gobierno: “deberá ser siempre y antes de todo, propio y jamás ni nunca de imposición extraña bien sea esta directa, indirecta, próxima o remotamente; es y deberá ser siempre popular en cuanto a su origen, electivo en cuanto al modo de organizarle, representativo en cuanto al sistema, republicano en su esencia y responsable en cuanto a sus actos”.

Pero no se limitaba a concebir su propuesta desde el mero ángulo del sistema político, sino que la conectaba con la democracia social. Originalmente, el círculo duartista fue visualizado como un conglomerado de blancos que se oponían al dominio de los negros haitianos. De hecho, muchos de ellos participaban de los prejuicios provenientes del pasado colonial que asignaban un estado de superioridad a los blancos y el correspondiente de inferioridad a los negros. Duarte se opuso a estos criterios e inculcó a sus discípulos el principio de la “unidad de raza”. Con esto significaba el reconocimiento de que la nación dominicana se había estructurado a través de la mezcla de aportes étnicos distintos, fundamentalmente el de los africanos y el de los europeos, para dar lugar a un conglomerado particular de mayoría mulata. Esta realidad era elevada

a principio que debía pautar la asociación de todo el pueblo en una nación de iguales, es decir, donde no hubiese privilegios por razones de casta o color. La importancia que le prestó al tema tenía motivos más que justificados, ya que el principal obstáculo que enfrentaba la culminación de la conformación de la nación estribaba en los criterios coloniales que establecían la desigualdad entre los componentes étnico-raciales. La inquietud se observa en una de las poesías escritas por Duarte:

*Los blancos, morenos
cobrizos, cruzados
marchando serenos
unidos y osados
la Patria salvemos
de viles tiranos,
y al mundo mostremos
que somos hermanos.*

El criterio social democrático está desarrollado en un texto de Duarte transcrito por su hermana Rosa:

Todo el que contrariare de cualquier modo los principios fundamentales de nuestra asociación política se coloca *ipso facto* y por sí mismo fuera de la Ley, que la Ley no reconocería más nobleza que la virtud, ni más vileza que la del vicio, ni más aristocracia que la del talento, quedando para siempre abolida la aristocracia de sangre como contraria a la unidad de raza, que es uno de los principios fundamentales de nuestra asociación política.

Refiere la misma Rosa Duarte que, al ser acremente combatido el principio de la unidad de raza, su hermano procedió a destruir el proyecto de Constitución.

LA REFORMA

Para que los anhelos de independencia pudiesen ganar terreno hacía falta un estremecimiento, ya que los trinitarios no lograban traspasar su influencia del círculo de jóvenes de los estratos urbanos medios y superiores. Lo que les permitió pasar a una etapa de plena actividad para la consecución de sus objetivos fue el movimiento de La Reforma, iniciado en Les Cayes, principal ciudad del sur de Haití y bastión del liberalismo opuesto a la autocracia del presidente Jean Pierre Boyer.

Al enterarse de la conspiración que dirigían los depuestos diputados liberales de Les Cayes y otros puntos del sur, Duarte dispuso que Matías Ramón Mella, quien sobresalía como uno de sus compañeros más audaces y valientes, se trasladara a esa región para llegar a acuerdos con esos enemigos de Boyer. Mella cumplió su cometido en una breve visita, y retornó hacia Santo Domingo un día antes del estallido de la insurrección iniciada el 27 de enero de 1843, y que, tras operaciones militares, llevó a la renuncia del dictador el 13 de marzo. Cuando el 24 de marzo llegaron a Santo Domingo las noticias de la caída de Boyer, se produjo una movilización dirigida por algunos de los compañeros de Duarte en unión con liberales haitianos residentes en la ciudad. El pueblo se lanzó a la calle en repudio al despotismo y aclamando la independencia dominicana.

Los conservadores acusaron a Duarte y a sus amigos de icolombianos!, haciendo alusión a Núñez de Cáceres, quien no abolió la esclavitud. Para contrarrestar esta acusación, Duarte subrayó enérgicamente que no era la independencia lo que se buscaba en ese momento, sino La Reforma. Era consciente de que aún no habían madurado las condiciones para la proclamación de la independencia.

Las autoridades haitianas de la ciudad de Santo Domingo, encabezadas por el gobernador Carrié, se opusieron al movimiento popular y se produjo una balacera en la Plaza de Armas (hoy Parque Colón) cuando la multitud se acercaba a la residencia de Carrié para exigir su dimisión. Muchos manifestantes se ocultaron y otros, encabezados por Duarte, marcharon hacia San Cristóbal, donde se

encontraban importantes conjurados. En esa villa se recibieron refuerzos de otros lugares del sur y se obtuvo la renuncia de los boyeristas; se procedió a designar gobernador a Étienne Desgrotte, jefe de los liberales haitianos que residían en Santo Domingo. Se formó una Junta Popular presidida por el haitiano Alcuis Ponthieux, en la cual Duarte era uno de los vocales, junto a los trinitarios Manuel Jimenes y Pedro Alejandrino Pina. La Junta le encomendó a Duarte la misión de expandir los trabajos a las localidades del este.

Pronto se manifestaron divergencias entre los liberales haitianos y los liberales dominicanos. Con motivo de la celebración de elecciones para la designación de representantes legislativos compitieron tres tendencias: los conservadores dominicanos, los liberales dominicanos y los liberales haitianos. A pesar de la poca relación con el pueblo que tenían los trinitarios, éstos triunfaron en esas elecciones debido a que encarnaban las ansias de libertad de los sectores más conscientes de la población dominicana. Adicionalmente, días antes se había enviado a las autoridades haitianas la petición de que los documentos oficiales fueran redactados en español, pues los dominicanos no podían ser tratados como pueblo conquistado. Todo esto alertó a los liberales haitianos acerca de lo que perseguían los dominicanos.

A pesar de la lucha entre liberales y conservadores, algunos de éstos comprendieron que era preciso llegar a un acuerdo con los trinitarios, ya que ellos solos carecían de la fuerza necesaria para lograr la independencia de Haití. A tal efecto se realizaron reuniones entre Duarte y personalidades conservadoras, en búsqueda de unidad de acción. Los conservadores exigían concesiones contrarias a la soberanía dominicana que Duarte consideró inadmisibles, por lo cual las negociaciones llegaron a un punto de *impasse*. Sin embargo, los trinitarios siguieron tratando de recabar mayor apoyo de diversos sectores, y no renunciaban a la unidad, siempre y cuando se mantuviera el objetivo de un Estado plenamente independiente. El mismo Duarte, en las labores de la Junta Popular, en El Seibo logró la incorporación de los hermanos Ramón y Pedro Santana, dos de los propietarios más influyentes de la región oriental,

connotados por su oposición al yugo haitiano. Duarte conversó con Ramón Santana, quien tenía inclinaciones patrióticas; éste declinó la propuesta de ser nombrado coronel por entender que ese cargo debía corresponderle a su hermano Pedro, con vocación para el mando. Luego Duarte envió a Sánchez a ratificar el acuerdo, pues este último era amigo personal de los hermanos Santana. Este episodio, sin duda verídico, evidencia que, a pesar de la disputa entre trinitarios y afrancesados, se producían acuerdos de algunos de los últimos con el movimiento de los primeros.

El nuevo presidente haitiano, Charles Hérard, quien había dirigido las operaciones militares de La Reforma, comprendió que se estaba incubando una situación delicada en la “Partie de L’Est”. Parece que su alarma fue motivada por el triunfo de los trinitarios en las elecciones del 15 de junio, la petición de uso del idioma español y un proyecto de solicitud del que se desistió de que concediese la independencia a la parte dominicana. Por otro lado, algunos conservadores que colaboraban con el régimen haitiano, como Manuel Joaquín Delmonte, instigaron a las autoridades haitianas a reprimir a los trinitarios. Desde Cabo Haitiano, Hérard dispuso a inicios de julio una marcha militar para imponer el orden, y procedió a arrestar a todos los sospechosos de realizar actividades independentistas. Varios trinitarios, como Matías Ramón Mella, fueron apresados, pero otros lograron esconderse antes de la entrada de Hérard a la ciudad, el 12 de julio, entre ellos Duarte, Sánchez, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez. Duarte, Pina y Pérez abandonaron el país en forma secreta el 2 de agosto, mientras que Sánchez permaneció en el interior debido a que se había enfermado. Haciendo correr el rumor de que había fallecido, Sánchez pasó a dirigir los trabajos conspirativos en unión a Vicente Celestino Duarte.

Primero desde Venezuela y luego desde Curazao, Duarte se mantuvo atento al desarrollo de los acontecimientos, presto a retornar al país para ponerse al frente de la insurrección que se planeaba contra el dominio haitiano. Procuró infructuosamente obtener recursos del presidente venezolano Carlos Soublette y, mientras tanto, envió a sus compañeros Pina y Pérez a Curazao, a fin de que

mantuvieran contacto más estrecho con el país. Cuando recibió una carta de Sánchez y su hermano Vicente Celestino, fechada el 15 de noviembre de 1843, en la que se le solicitaban ayuda urgente para iniciar la sublevación, el Padre de la Patria escribió a sus hermanos el 4 de febrero pidiéndoles que dispusiesen de todos los bienes:

El único medio que encuentro para reunirme con Uds. es independizar la patria; para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son, que Uds. de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado.

Pocos días después marchó a Curazao con vistas a retornar al país lo antes posible. Mientras tanto, las hermanas de Duarte laboraban activamente en la fabricación de municiones, junto a mujeres de las familias Ravelo, Concha y Valverde.

LUCHA CONTRA LOS AFRANCESADOS

Tan pronto se conformó la Junta Central Gubernativa el 28 de febrero de 1844, al día siguiente a la proclamación de la independencia, una de sus primeras disposiciones fue enviar a Juan Nepomuceno Ravelo en la goleta “Eleonora” para que trajera a Duarte y a sus dos compañeros de vuelta al país. Los tres trinitarios llegaron a Santo Domingo el 15 de marzo y fueron recibidos apoteósicamente. El arzobispo abrazó a Duarte diciéndole: “Salve al Padre de la Patria.” En la Plaza de Armas Duarte fue proclamado por el pueblo y el ejército general en jefe del ejército dominicano. Pero encontró una patente hegemonía del sector conservador, expresada en una mayoría en la Junta Central Gubernativa, la presidencia de Bobadilla y la jefatura militar en el frente sur de Pedro Santana. La Junta desconoció la proclama popular y designó a Duarte comandante de armas de Santo Domingo.

Gracias a la hegemonía conservadora en la Junta Central Gubernativa, el 8 de marzo ese organismo había tomado la resolución de adoptar en parte un plan esbozado en la capital de Haití por el Cónsul General de Francia y por varios representantes dominicanos que estaban participando en la Asamblea Constituyente que se llevaba a cabo como resultado del triunfo de La Reforma. El Plan Levasser estipulaba la designación de un gobernador francés como ejecutivo del Estado dominicano, con lo que el país durante diez años prorrogables quedaría en la situación de protectorado de Francia. También estipulaba la cesión a Francia a perpetuidad de la península de Samaná.

La resolución de la Junta Central Gubernativa del 8 de marzo cedía Samaná e incluía otros aspectos del plan, como la ayuda activa a Francia en el caso de que decidiera reconquistar su antigua colonia en el occidente de la Isla. La justificación de esta resolución estribaba en la amenaza militar haitiana. En los meses de marzo a mayo los cabecillas conservadores depositaron todas sus expectativas en la ayuda francesa.

Hasta la llegada de Duarte, los jefes de los trinitarios, Sánchez y Mella, se mostraron pasivos, aceptando la propuesta de la cesión de Samaná, pero Duarte imprimió un giro a estas posiciones, encabezando una oposición discreta a estas gestiones antinacionales. Por ello, consideró que resultaba imperativo obtener un éxito militar contundente frente a los haitianos, y pidió ser designado en el frente del sur, por lo que fue destinado como general asociado a Santana. Ya en Baní, Duarte abogó por una táctica ofensiva que fue rechazada por Santana, quien siempre se caracterizó por adoptar posturas militares defensivas. Los oficiales subordinados a Duarte lo animaron a que tomara por su cuenta la ofensiva, haciendo caso omiso de la postura de Santana, pero él prefirió acatar las instrucciones de la Junta Gubernativa. Ante las divergencias con Santana, el 4 de abril la Junta lo convocó de retorno a Santo Domingo, en obvia desautorización de su postura.

Algunos historiadores han hecho un examen superficial de esta divergencia, atribuyéndole a Duarte ingenuidad y falta de preparación militar, juicios que obedecen a la aceptación de la supuesta

invencibilidad militar de Santana. Superficialmente, consideran que Duarte hubiese llevado a un descalabro del esfuerzo defensivo, opinión que carece de fundamento, ya que no toma en cuenta diversos aspectos, como la desmoralización de que era víctima la tropa enemiga y las dificultades de abastecimiento de que adolecía. También soslayan que la pasividad de Santana respondía a una falta de confianza en la voluntad del pueblo dominicano, y que lo que buscaba era simplemente ganar tiempo hasta la obtención de la ayuda francesa.

Lo anterior explica que la Junta Central Gubernativa, comprometida en negociaciones antinacionales con el cónsul de Francia en Santo Domingo, Juchereau de Saint-Denys, de nuevo desechara una propuesta de Duarte, consistente en que se le destinara al mando de un cuerpo expedicionario a través de Constanza que cayera en San Juan sobre la retaguardia enemiga. Esa misión se le asignó a Mella, quien a su vez la delegó en José Durán, comandante de Jarabacoa.

La amenaza militar haitiana desapareció a fines del mes de abril a consecuencia del derrocamiento del presidente Hérard, quien se encontraba inmovilizado en Azua desde el mes anterior. Tan pronto los haitianos volvieron detrás de sus límites, Santana despachó a Antonio Duvergé a instalar puestos militares dominicanos hasta la frontera. En consecuencia, la negociación con el gobierno francés carecía de pertinencia, puesto que había desaparecido el pretexto que la justificaba, que era la amenaza militar haitiana. Sin embargo, los conservadores no renunciaron a su objetivo proteccionista, lo que se manifestó en el discurso pronunciado por Tomás Bobadilla en una reunión de notables convocada el 26 de mayo por la Junta Central Gubernativa. Por primera vez de forma pública, el Presidente de la Junta abogó por la protección francesa, por lo que obtuvo de inmediato la repulsa de Duarte. Se abrió entonces una lucha de corrientes que tuvo por siguiente capítulo la aceptación de las peticiones del Cónsul francés, el 1 de julio, resolución que Duarte se vio obligado a firmar. Las divergencias llevaron a Duarte a presentar su renuncia a la Junta Gubernativa. Poco antes la oficialidad de la guarnición de Santo Domingo había formulado la

solicitud de que se ascendiese a Duarte, Sánchez y Mella a generales de división, lo que fue desestimado. El desenlace del conflicto fue la destitución de una parte de los conservadores dentro de la Junta Central Gubernativa por medio de un movimiento militar y popular el 9 de junio bajo la dirección de Duarte. Para ello obtuvo el apoyo de antiguos esclavos residentes en las cercanías de Santo Domingo, que componían una tropa de confianza del jefe de la guarnición de la ciudad, Joaquín Puello.

Sánchez fue designado presidente de la nueva Junta, compuesta mayoritariamente por trinitarios. Diez días después, Duarte solicitó ser destinado al Cibao, con el fin de lograr la adhesión de sus poblaciones al nuevo orden de cosas, en reconocimiento de la importancia demográfica y económica de esta región. Desde los primeros días de la independencia el delegado del gobierno en el Cibao era Mella, quien tuvo que enfrentar las intrigas de los conservadores contra su autoridad y en general contra las posiciones liberales. Pero a su paso por las poblaciones del Cibao, Duarte iba siendo aclamado como la encarnación del ideal nacional. Esto explica que el 4 de julio, Mella presentara a Duarte ante el pueblo y el ejército de Santiago en tales términos que fue aclamado como presidente de la República. Mella notificó a Sánchez la resolución, diciéndole: “Estos pueblos no tuvieron más trastornos que la venida de la Delegación; se acabó ésta con la llegada de Juan Pablo, ¡Gracias a Dios! En fin, concluyo diciéndote que llegó mi deseado y te lo devolveré Presidente de la República Dominicana.” La proclamación de Duarte se hizo con la condición de que “salve al país de la dominación extranjera y que convoque la Constituyente y remedie la crisis de la hacienda pública.” Duarte siguió a Puerto Plata el 8 de julio, lugar donde fue de nuevo proclamado presidente por el pueblo y el ejército. El fuerte apoyo a los liberales era producto de que en la región del Cibao se había desarrollado más que en el sur la agricultura comercial, y por lo tanto los sectores urbanos partidarios de una sociedad democrática eran más fuertes que en el resto del país.

La designación de Duarte como presidente tuvo que ser acatada por las principales figuras militares de la región del Cibao, a

pesar de que algunas de ellas cuestionaban abiertamente a los ayudantes de Mella, Juan Evangelista Jiménez y el venezolano Juan José Illás. En la tradición historiográfica nacional se han vertido críticas al proceder de Mella y a que Duarte aceptara la presidencia. Se ha calificado el acto como “precipitado”, “atolondrado” o “el primer desconocimiento de la legalidad”. Estos juicios, por lo general, como el de Rafael Abreu Licairac, son producto de empatía respecto a los adversarios de los trinitarios, Santana y los restantes jefes conservadores, a quienes se les atribuyen los mayores méritos en la consecución de la independencia, y olvidan que ésta fue resultado de los preparativos realizados por Duarte desde 1838. Quienes critican a Mella y a Duarte desde posiciones liberales olvidan que en el momento en que se produjo la proclamación de Duarte los liberales libraban una tenaz lucha contra los conservadores y que en ella se debatía la suerte de la independencia, algo mucho más relevante que una disputa por el mando. Mella actuó movido por un patriotismo desinteresado y Duarte aceptó la proclamación con el convencimiento de que era la forma de salvar la independencia del país.

Los conservadores estaban dispuestos a acudir a cualquier medio para impedir la consolidación de la precaria jefatura liberal. El 3 de julio la Junta había enviado al coronel Esteban Roca a sustituir a Santana en la comandancia de la columna expedicionaria del sur. La oficialidad, encabezada por el coronel Manuel Mora, promovió un tumulto desconociendo al nuevo jefe y ratificando la jefatura de Santana, quien ya gozaba de gran ascendiente. Comprobado que no había riesgo inmediato de una nueva invasión haitiana, Santana marchó hacia Santo Domingo para enfrentar a la Junta Gubernativa, pero tuvo la habilidad de mostrar una actitud negociadora y anunció que venía en son de paz. Los integrantes de la Junta, encabezados por Sánchez, se vieron forzados a permitir la entrada de Santana a la ciudad el 12 de julio, pues el jefe de la guarnición, Puello, se negó a enfrentar al flamante jefe de la columna expedicionaria del sur. Al día siguiente de haber entrado a la ciudad, las tropas desconocieron la Junta y aclamaron a Santana como dictador. A las pocas horas, los trinitarios más connotados comenzaron a ser apresados y se procedió luego a reorganizar la

Junta Gubernativa bajo el mando de Santana. Aunque éste pasaba a tener prerrogativas de dictador, por consejo del cónsul francés Saint-Denys, declinó tal título. Rosa Duarte recuerda lo que ocurrió: “La ciudad, con las amenazas, estaba aterrada, y todo era confusión y espanto. El pueblo temblaba bajo el imperio del sable.”

Las noticias de estos acontecimientos llegaron con tardanza al Cibao, pues el trayecto a caballo entre Santo Domingo y Santiago tomaba alrededor de tres días. Al recibir las noticias del golpe de Estado de Santana al final de julio, Mella decidió dirigirse hacia Santo Domingo con la intención de negociar a nombre del Cibao. Llevaba la propuesta de que se celebrasen elecciones con Duarte y Santana como candidatos a la presidencia, y que el perdedor ocupase la vicepresidencia. Pero tan pronto traspasó los muros de la ciudad fue reducido a prisión junto a su ayudante Juan José Illás.

El cambio de gobierno de mediados de julio fue acatado en el Cibao unas semanas después, pues casi todos los que habían apoyado a Duarte y a Mella estimaron que no reconocer a la Junta presidida por Santana equivalía a una guerra civil que sería aprovechada por los haitianos. De tal manera obró el general Antonio López Villanueva, principal autoridad gubernamental de Puerto Plata, cuando recibió las noticias de Santo Domingo. Por tal razón, dispuso el arresto de Duarte, quien se había retirado a una sección rural próxima a la ciudad, y lo embarcó hacia Santo Domingo, adonde llegó el 2 de septiembre. En su ciudad natal, Duarte se encontró con que sus amigos estaban presos, pues la Junta Central Gubernativa había decidido expulsarlos del país a perpetuidad por traición, con pena de muerte en caso de que retornaran. A fines de agosto, varios de ellos fueron embarcados hacia Irlanda, mientras Duarte fue destinado a Alemania el 10 de septiembre, a seis meses del nacimiento de la República.

EN EL APURE

El Padre de la Patria estuvo diecinueve días en Hamburgo, donde se relacionó con integrantes de la masonería, institución a la

cual pertenecía desde unos años antes, como era común entre personas de cierto nivel educativo en el país. La corta estadía de Duarte en Alemania puede atribuirse a que le interesaba estar lo más cerca posible de su tierra. Viajó, pues, a Saint-Thomas, donde rechazó ofertas de ponerse al servicio de Haití o de España para hacer oposición a Santana. A continuación se desplazó a Venezuela, país donde había estado en dos ocasiones y tenía parientes y amigos. Hay constancia, por la correspondencia con Juan Isidro Pérez, de que se mantuvo atento a la evolución de la política dominicana hasta los primeros meses de 1845. La consolidación del poder de Santana, el fusilamiento de María Trinidad Sánchez y, en general, los cambios que se operaban debieron provocarle un fuerte desencanto. Se dio cuenta de que algunos de sus amigos trinitarios se habían plegado al orden de cosas, mientras seguían las expulsiones de otros que se mantenían fieles a los ideales. En especial la deportación de su madre y sus hermanos debió provocarle un fuerte impacto. Sus impresiones de infortunio quedaron registradas en versos:

*Pasaron los días
de paz y amistad
de amor y esperanza
de fina lealtad.*

*Las glorias pasaron
la gala y primor...
Quedaron recuerdos
de amargo sabor...*

Duarte se retiró al interior de Venezuela, perdiendo contacto con sus familiares y con los demás dominicanos expatriados. Probablemente, quedó aquejado de un estado de depresión crónica. En cierto momento los familiares lo dieron por muerto. Poco se sabe acerca de la vida de Duarte en el interior de Venezuela, aunque estableció relaciones con figuras connotadas de la corriente liberal radical de ese país. El grueso del tiempo, sin embargo, lo pasó en una zona muy remota, El Apure, desligado por completo

de lo que sucedía en el mundo. Se sabe que llevó una vida pobre, despreocupada de los aspectos materiales, y que se relacionó con el presbítero San Gerví, quien le enseñó historia sagrada y lo animó a tomar hábitos sacerdotales, lo que no aceptó, pues estimaba que aún no había concluido su misión por la patria.

El *Diario* de Rosa Duarte no registra nada entre 1846 y 1862. De seguro no le interesaba retornar al país en las condiciones de hegemonía conservadora, cuando la política no se correspondía con sus ideales. Fue el único de los trinitarios connotados expulsos en 1844 que no retornó tras la amnistía de 1848, y su memoria se borró de la conciencia pública o quedó rodeada de una imagen estigmatizada por las acusaciones que le hicieron Santana y Bobadilla.

Otros trinitarios, como Sánchez y Mella, tras retornar al país, incursionaron en la política y cometieron el error de adherirse a los jefes conservadores Santana y Báez, cuyas rivalidades acapararon la vida política desde que, en su tercera presidencia, en 1853, Santana resolvió expulsar a Báez. Mella se hizo amigo de Santana y Sánchez se relacionó con Báez.

Sánchez y Mella, empero, no abandonaron sus posturas liberales y patrióticas esenciales. Sus relaciones con los prohombres conservadores fueron el precio para mantenerse en el interior del país e influenciar para que las cosas tomaran el mejor rumbo posible. Pero Duarte, obviamente, veía las cosas de otra manera, como lo mostró en documentos posteriores. Para él resultaba imposible de aceptar cualquier tipo de acuerdo con lo que calificaba como “facción”. Por lo que se infiere de una carta de Juan Isidro Pérez, quedó desilusionado de Sánchez, probablemente por la forma en que éste actuó a raíz del retorno de Santana a la ciudad, cuando intentó llegar a un entendido con el jefe militar conservador y anexionista. Para Duarte, la única causa posible era la del patriotismo del pueblo, por lo que no concebía la existencia de partidos, sino que únicamente reconocía la oposición de los traidores. Refutando a Báez y a sus inclinaciones a favor de Estados Unidos, escribió en 1865:

En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera, y una fracción miserable que siempre se ha pronunciado contra esta ley, contra este querer del pueblo dominicano, logrando siempre por medio de sus intrigas y sórdidos manejos adueñarse de la situación.

Duarte prefería el aislamiento completo a cualquier concesión. La política tenía que estar pautada por fines nobles o se desvirtuaba. En consecuencia, la política implicaba altura de ideales, reflexión y acción en beneficio de la colectividad. Por sobre todas las cosas, para Duarte la política equivalía a patriotismo. Su noción de la patria, que se sintetizaba en la disposición al sacrificio a favor de los principios y el bienestar del pueblo, era lo contrario de lo comúnmente considerado como política: el reino de la lucha por el poder.

VEINTE AÑOS DESPUÉS: EN LA RESTAURACIÓN

Aunque muchos aspectos de su vida en Venezuela siguen siendo desconocidos, es seguro que Duarte no abandonó la disposición a la acción, pues cuando estimó que la suerte de la patria se encontraba en peligro y su presencia podía ser necesaria en el escenario de lucha, no vaciló en ponerse presente. Fue lo que hizo cuando se enteró de la anexión de la República a España en marzo de 1861, noticia que recibió más de un año después en las profundidades de la selva venezolana, y se trasladó a Caracas en agosto de 1862.

Durante los meses siguientes se mantuvo fundamentalmente a la expectativa. Se puede deducir que estimaba que su prolongada ausencia del país no lo autorizaba a tomar iniciativas. Tal vez, además, seguía imbuído de un sentimiento de pesar por el derrotero del país, ya que en apariencia la mayoría de la población había aceptado la traición de Santana.

Fue cuando estalló la guerra de la Restauración, en agosto de 1863, cuando Duarte se puso en movimiento. El *Diario* de su her-

mana se reinicia el 20 de diciembre de 1863, con motivo de la llegada a Caracas de su tío Mariano Diez. Tan pronto se enteró de que el pueblo había iniciado la lucha contra la dominación española, Duarte conformó un centro revolucionario en Caracas. Tomaron parte en él su hermano Vicente Celestino, su tío Mariano Diez, el joven poeta Manuel Rodríguez Objío y el venezolano Candelario Oquendo. Varios venezolanos se interesaron en apoyar la causa dominicana, los que sobresalieron entre Blas y Manuel Bruzual, este último conocido como *El Soldado sin Miedo*, exponente de las posiciones radicales del liberalismo. El presidente Juan Crisóstomo Falcón recibió a Duarte y le prometió ayuda, no obstante la situación difícil en que se encontraba Venezuela, tras varios años de la guerra federal.

A pesar de la buena disposición de Falcón, la ayuda recibida por Duarte fue mínima, ya que el asunto quedó en manos del vicepresidente Antonio Guzmán Blanco, futuro autócrata de Venezuela, quien no se interesó en ayudar a los dominicanos. Duarte reflexionó que en materia de intrigas los venezolanos no se diferenciaban nada de los dominicanos. Al parecer sólo recibió mil pesos fuertes del Gobierno venezolano. Muchos dominicanos acudían a ponerse a las órdenes de Duarte, pero él no podía hacer nada por falta de fondos.

Por eso, sin haber logrado reunir recursos, como era su deseo, en unión de los cuatro compañeros mencionados pudo embarcarse en Curazao hacia Montecristi en marzo de 1864. Llegó a Monte Cristi en abril de 1864 e inmediatamente se dirigió al gobierno de la Restauración. Al llegar a Santiago, pudo darle un saludo postremo a su compañero Ramón Mella, vicepresidente del gobierno, quien agonizaba víctima de cáncer. En las entrevistas que tuvo con Ulises Francisco Espaillat, a cargo del gobierno, Duarte pidió ser destinado al frente de combate manifestó su interés de conocer al presidente José Antonio Salcedo.

El gobierno restaurador no aquilató la trascendencia que tenía la presencia de Duarte, lo que pudo deberse a que su figura había quedado sepultada por el olvido y a que algunos de los líderes de la contienda nacional habían sido partidarios de Santana. El 14 de abril el gobierno de Santiago, a través de Espaillat, le pidió a Duarte

trasladarse a Venezuela al frente de una misión diplomática con el fin de obtener ayuda. Él no estaba dispuesto a aceptar la encomienda, porque su interés era participar en la lucha en el interior del país. Pero, a pocos días se recibió un artículo publicado en el *Diario de la Marina*, de La Habana, firmado por G. (que pudo ser el escritor Manuel de Jesús Galván, el principal portavoz dominicano del régimen español en Santo Domingo), que pronosticaba luchas intestinas de los restauradores por el mando a causa del retorno de Duarte. Para que no se pudiera pensar que estaba animado por ambiciones personales, Duarte le comunicó a Espaillat que aceptaba la designación, aunque durante unos días albergó la esperanza de permanecer en el interior del país. Espaillat, sin embargo, ratificó a Duarte la designación, aunque le señaló que no debía quedarse con la impresión de que la intriga de G. había tenido efecto.

De nuevo en Venezuela, se le hizo imposible obtener respaldo para la lucha dominicana. La Restauración fue una epopeya que tuvo que librar el pueblo dominicano sin contar con apoyo externo alguno, sino gracias al sacrificio tremendo de los agricultores pobres, que entregaban el grueso de sus cosechas para la compra de armas a través de Haití.

Duarte seguía con atención la evolución del país, como se muestra en la activa correspondencia que tuvo durante esos meses, aunque renunció a la representación diplomática a raíz del derrocamiento del presidente Gaspar Polanco, quien le había librado las credenciales. Le preocupaba sobre todo la recomposición del anexionismo, esta vez a favor de Estados Unidos, que promovía principalmente Buenaventura Báez. Por eso señaló en carta a Félix María Delmonte:

Si después de veinte años de ausencia he vuelto espontáneamente a mi Patria a protestar con las armas en la mano contra la anexión a España llevada a cabo a despecho del voto nacional por la superchería de ese bando traidor y parricida, no es de esperarse que yo deje de protestar (y conmigo todo buen dominicano) cual protesto y protestaré siempre, no digo tan sólo

contra la anexión de mi Patria a los Estados Unidos, sino a cualquiera otra potencia de la tierra, y al mismo tiempo contra cualquier tratado que tienda a menoscabar en lo más mínimo nuestra Independencia Nacional [...].

Desde fines del mismo 1865, la política dominicana se apartó de los objetivos patrióticos enunciados en la Restauración. La mayor parte de los caudillos surgidos de esa guerra se orientaron a posturas anárquicas y conservadoras. Duarte debió aquilatar la pobreza del liderazgo político, pues refiere en otra carta a Delmonte el 2 de mayo de ese año:

Tú dices (y es cierto) que Benigno Rojas no es sino yanqui, y Báez que no es sino haitiano-galo-español, y Lavastida y Alfaus y Manueles son yanquis; Báez dizque dice que Bobadilla no es sino Pandora, Melitón es todo, menos dominicano, dice José Portes que se halla en Saint-Thomas, y añade a esto que siendo senador, para que se callara la boca cuando la Anexión, Santana le regaló una casa. ¡Pobre patria! Si éstos son los consultores, ¿qué será lo consultado?

De seguro experimentó un nuevo desengaño cuando vio que el viejo anexionista Buenaventura Báez, el artífice del Plan Levasseur de 1843, era elevado a la presidencia, nada menos que traído por el entonces presidente José María Cabral, adalid de la Restauración en el sur. A partir de entonces, aunque no abandonó Caracas, se desvinculó de la política dominicana. El país entró en una vorágine de pasiones entre jefes y en un difícil trance en que se aprobó la anexión a Estados Unidos en 1870. Prácticamente, todo el mundo se olvidó de Duarte; ocasionalmente recibía la visita o correspondencia de intelectuales liberales interesados en la reconstrucción de los hechos que llevaron al nacimiento de la República.

Hubo que esperar la decadencia del anexionismo baecista, a fines de 1873, con la instalación del gobierno de Ignacio María

González para que se iniciara la revalorización de Duarte, aunque todavía en un grado muy tenue. Los promotores de esta obra de reparación contra el olvido fueron sobre todo José Gabriel García, Emiliano Tejera, Federico Henríquez Carvajal y Fernando Arturo de Meriño. Al afianzarse progresivamente la posición de los liberales, se crearon las condiciones para que se desechara el mito que acordaba la gloria de la independencia a Santana y desconocía la obra de Duarte. En especial las investigaciones históricas de José Gabriel García pusieron en claro lo que verdaderamente había acontecido en 1844.

Duarte llevaba una vida de una pobreza increíble cuando recibió una epístola del presidente González que lo invitaba a reintegrarse al país. Le quedaban pocos días de vida, y ni siquiera sintió la curiosidad de leer la carta, por lo que su sobre quedó cerrado cuando expiró el 16 de julio de 1876.

BIBLIOGRAFÍA

- Duarte, Rosa. *Apuntes para la historia de la isla de Santo Domingo y para la biografía del general dominicano Juan Pablo Duarte y Díez*. Santo Domingo, 1994.
- García, José Gabriel. *Compendio de la historia de Santo Domingo*. 4 Vols. Santo Domingo, 1968.
- . *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. Santo Domingo, 1971.
- García Lluberés, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, 1971.
- García Lluberés, Leonidas. *Crítica histórica*. Santo Domingo, 1964.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano*. Santo Domingo, 1997.
- Tena Reyes, Jorge (ed). *Duarte en la historiografía dominicana*. Santo Domingo, 1994.

FRANCISCO DEL ROSARIO SÁNCHEZ
FUNDADOR DE LA REPÚBLICA

SU DIMENSIÓN EN LA HISTORIA DOMINICANA

Francisco del Rosario Sánchez fue un adalid de las luchas nacionales en el siglo XIX. Acompañó a Juan Pablo Duarte en la fundación de la sociedad secreta La Trinitaria, en 1838. Quedó al frente de los trabajos conspirativos en 1843 cuando Duarte abandonó el país y fue la figura clave en los preparativos de la proclamación de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844. Le correspondió, por último, iniciar la resistencia frente a la Anexión a España de 1861, y su muerte en esa magna empresa lo eleva a la condición de figura heroica por excelencia de los anales de la patria.

Junto a esa trascendencia en nuestra formación nacional, Sánchez se involucró en la política doméstica después que retornó al país en 1848, apoyando a Buenaventura Báez, lo que le ha valido reproches de varios historiadores, como los hermanos Alcides y Leonidas García Llubes y Juan Isidro Jimenes Grullón.

En lo fundamental, las críticas que descalifican a Sánchez son desproporcionadas y motivadas en rebatir a quienes, como América Lugo, lo elevaron erróneamente a la condición de prócer supremo de nuestra historia, en cuestionamiento de la primacía de Duarte. Estas últimas posturas fueron iniciadas por descendientes de Sánchez, el primero de los cuales fue su hijo Juan Francisco Sánchez.

Si bien las críticas de Lugo y otros sanchistas contra Duarte carecen de asidero, no es menos cierto que las réplicas aludidas obvian la dimensión de prócer que tuvo Sánchez. Sobre todo ignoran que aunque realizó concesiones a los jefes conservadores, Sánchez nunca abandonó los puntos cardinales del ideario nacional y democrático, como lo demuestra que asumiera la jefatura de la lucha contra la traición anexionista de Pedro Santana.

Las actuaciones de Sánchez, que tantas críticas le han valido, se explican por su condición de político realista, inclinado a la búsqueda de soluciones viables. Pero esta inclinación no se puede confundir con la del político convencional o conservador, ya que en todo momento Sánchez mantuvo un porte de grandeza que le otorgaba la condición de patriota incondicional. Este talante le permitió estar inmerso en el proceso histórico dominicano, lo que provocó que su figura fuera reconocida como ejemplo de patriotismo, a diferencia del olvido en que cayó Duarte.

ORÍGENES FAMILIARES

Sánchez se contó entre los pocos fundadores de la sociedad La Trinitaria que no era de color blanco y no provenía de un hogar de la típica clase media urbana. Este protagonismo de alguien salido de los sectores humildes de la población se explica por los cambios sociales que habían ocasionado la emigración de los blancos esclavistas tras el Tratado de Basilea de 1795 y la ocupación haitiana en 1822. El vacío dejado por los esclavistas emigrados fue gradualmente ocupado por sectores sociales que se iban desarrollando.

Aunque de origen humilde, el ascenso social de Sánchez se explica porque sus padres ya tenían ubicación urbana. Vivían en la calle del Tapado (hoy 19 de Marzo), en plena ciudad intramuros. Todavía la madre de Sánchez, Olaya del Rosario, era catalogada de parda libre en documentos anteriores a 1822. El término pardo se utilizaba entonces para designar al mulato de condición humilde, de ascendientes esclavos no muy lejanos. La situación del padre, Narciso Sánchez (*Señó Narcisazo*) era todavía más evidente en ese sentido: de tez negra, parece que los antepasados esclavos estaban en la memoria familiar. Heredó de su padre, Fernando Sánchez, la ocupación de administrador de hatos en el este, zona donde se concentraba la producción ganadera. Este trabajo lo colocaba en una situación intermedia entre el mundo urbano y el rural, lo que era muy común en aquella época. Muchos de los dueños de hatos

preferían vivir en las ciudades, por lo que designaban administradores que se encargaban de los asuntos corrientes. Ése fue el caso del padre de Sánchez, quien, aunque residente en Santo Domingo, tenía que pasar gran parte del tiempo en la vida montaraz de la ganadería. Más tarde, Señor Narcisazo tomó la profesión de tablajero o mercader en carnes y logró cierto nivel de ascenso social, según su biógrafo Ramón Lugo Lovatón, por el trato con gente blanca en la administración de hatos, lo que explica que su hijo pudiera acceder a un nivel educativo. Pero no significa que tuviera fortuna: en su testamento aclara que su esposa y él no llevaron bienes al matrimonio. Al ir mejorando de posición, a partir de un pedazo de tierra cerca de Los Alcarrizos donado por un amigo, se hizo dueño de un pequeño hato cercano al de los hermanos Pedro y Ramón Santana.

Un detalle que ilustra acerca de la condición social de los padres de Sánchez es que su relación inicial fue de concubinato, a pesar de que la madre tenía ascendientes canarios. Sánchez tuvo un hermano materno mayor, Andrés, el cual fue adoptado por su padre. El mismo prócer nació fuera de matrimonio, y aunque su apellido definitivo fue Sánchez, conservó el apellido de su madre como un segundo nombre.

Se sabe de Narciso Sánchez que estaba dotado de criterios claros respecto a la política. Tuvo relación con una conspiración contra el dominio haitiano en 1823 dirigida por el emigrado Silvestre Aybar y el doctor Juan Vicente Moscoso y que, tras ser develada, desembocó en la Conspiración de Los Alcarrizos. Narciso Sánchez escapó de ser condenado, aunque se le mantuvo bajo vigilancia durante cierto tiempo. Pero sus criterios no coincidían con los de su hijo, por lo menos en lo relativo al optimismo de este último acerca de la viabilidad de la vida independiente. En una ocasión, narra una tradición, el padre le advirtió al hijo: “Ay hijo, esto será país, pero nación, jamás.” Este convencimiento pesimista llevó a Sánchez padre a no inmiscuirse posteriormente en asuntos políticos. Tampoco coincidían padre e hijo en cuanto al régimen político adecuado: mientras Francisco era partidario de la independencia, Narciso lo era de España, lo que lo llevó a comentar, decepcionado, lo diferente que eran los españoles en 1861 de los que habían hasta

1821. Su posición proespañola se debía, al decir de Lugo Lovatón, a los perjuicios que habían causado los haitianos desde 1801 a la actividad ganadera y a sus propietarios, los blancos de la sociedad colonial, quienes eran sus patronos. Esas posiciones políticas distintas, aunque no implicaban una divergencia marcada, ciertamente retratan los cambios de mentalidad que protagonizaron los jóvenes liberales que fundaron La Trinitaria.

INFANCIA Y JUVENTUD

Francisco del Rosario Sánchez nació el 9 de marzo de 1817 en Santo Domingo. A pesar de sus orígenes humildes, obtuvo una educación fuera de serie gracias al cuidado de su madre y, en especial, de su tía María Trinidad Sánchez. Aprendió a tocar instrumentos musicales, al igual que algunos de sus hermanos, y luego hizo estudios de inglés con místico Groot y de filosofía y latín con Nicolás Lugo.

Más allá de lo inculcado por su familia, Sánchez mantuvo un esfuerzo por educarse, lo que constituyó la clave de su destacada acción patriótica. Fue autodidacto, al igual que casi todos sus compañeros, ya que en el país no existían centros de educación superior.

Su educación se nutrió, al igual que casi todos los fundadores de La Trinitaria, de las enseñanzas del sacerdote Gaspar Hernández, quien montó una especie de seminario de filosofía en el convento de Regina. La cultura fue, pues, su norte en la vida, por lo que dedicó mucho tiempo a la lectura de la Biblia y de autores griegos y romanos. Esta pasión por la cultura también la adquirió su hermana Socorro, consagrada maestra y precursora del feminismo en nuestro país.

Durante varios años se benefició de una relación estrecha con Duarte, en los cuales se nutrió de las enseñanzas del Padre de la Patria. Sánchez probó ser uno de los integrantes más dinámicos y capaces de la constelación de jóvenes patriotas que fundaron la República.

En cierto momento, Sánchez trabajó como peinetero en concha, oficio equivalente a barbero. Salía con su padre a las propiedades cercanas a Santo Domingo que este último administraba. Pero se relacionaba activamente con personas de estratos superiores, lo que se puede pensar que era factible por las condiciones sociales vigentes y por su ahínco en el cultivo de los conocimientos. Esto le facilitó a Sánchez entablar amistad con los hermanos Pedro y Ramón Santana, lo que permitiría, años después, que los incorporara a los preparativos por la independencia.

PREPARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

Pese a que es poco lo que se sabe acerca de los trabajos conspirativos de Duarte y sus compañeros antes de 1843, desde pronto Sánchez sobresalió como uno de los más activos y capaces. Tradicionalmente, se ha considerado que Sánchez no fue uno de los fundadores de La Trinitaria, pues no figura entre los presentes de la toma de juramento hecha por Duarte el 16 de julio de 1838 que muchos años después, con ligeras divergencias, recordaron dos de los presentes: Juan Nepomuceno Ravelo y José María Serra. Sin embargo, el mismo Duarte le testimonió a Emiliano Tejera que Sánchez fue uno de sus compañeros desde el mismo inicio de las tareas conspirativas. Eso llevó a Tejera a la conclusión de que ese 16 de julio hubo dos reuniones constitutivas, aunque tal vez las cosas pudieran acontecer de otra manera, como que, tras el juramento inicial, ya no se requiriera tanta formalidad para el ingreso de otros conjurados, entre los cuales se encontraban Sánchez y Matías Ramón Mella. La composición de los nueve primeros integrantes no puede aclararse del todo por divergencias entre los testimonios de los involucrados. Así uno de ellos, Félix María Ruiz, sí contaba a Sánchez entre los nueve iniciadores juramentados, junto a Duarte, Mella, Pedro A. Bobea, el mismo Ruiz, Pedro Alejandrino Pina, José María Serra, Juan Isidro Pérez y Jacinto de la Concha.

Tal vez Sánchez no estuvo presente en el juramento tomado por Duarte a los primeros ocho reclutados de la organización secreta

revolucionaria, pero eso carece de importancia, ya que no cabe duda que se hizo uno de los compañeros más próximos de Duarte, connotado por el fervor que le abrigó. Lo verdaderamente trascendente es que Sánchez formaba parte del grupo de unos veinte jóvenes, que incluían juramentados, adeptos y prosélitos, que fueron fundadores de La Trinitaria y, por tanto, como discípulos de Duarte, mentores del sentimiento nacional.

La significación de Sánchez se advierte en que fue uno de los que encabezaron el derrocamiento de las autoridades haitianas de Santo Domingo designadas por el presidente Jean Pierre Boyer, depuesto a fines de marzo de 1843 por el movimiento denominado La Reforma.

Al poco tiempo, los trinitarios y los liberales haitianos de La Reforma tomaron caminos divergentes, pues los primeros se formularon el objetivo de independizarse del Estado haitiano. Al advertir el auge de las ideas independentistas entre los dominicanos, el presidente haitiano Charles Hérard, llegado al poder tras el triunfo de La Reforma en marzo de 1843, decidió hacer una visita intimidatoria a la antigua colonia española de Santo Domingo, conocida por los haitianos como “Partie de L’Est”. A medida que iba avanzando por las poblaciones del Cibao, Hérard hacía arrestar a los dominicanos sospechosos de abrigar propósitos independentistas.

Duarte y varios de sus compañeros, entre los cuales se hallaba Sánchez, se ocultaron. Los haitianos desataron una tenaz persecución de los prófugos, por lo que Duarte, Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina abandonaron el país el 2 de agosto de 1843. Sánchez no pudo hacerlo por hallarse enfermo, circunstancia que aprovechó para pasar a dirigir las tareas conspirativas, en virtual sustitución de Duarte. Logró apoyo de familiares de algunos de sus compañeros de La Trinitaria, lo que le hizo factible permanecer oculto durante más de siete meses, pues rechazó en todo momento la posibilidad de abandonar el país. Para poder actuar con menos dificultades, hizo correr el rumor de que había fallecido y enterrado de manera secreta en el pequeño cementerio de la iglesia del Carmen.

Al parecer las autoridades haitianas creyeron la versión o no le concedieron demasiada atención a la persona de Sánchez, pues

entendieron que había disminuido la agitación independentista entre los dominicanos. Coincidiendo con la apertura de la Asamblea Constituyente de Port-au-Prince, decidieron disminuir las acciones represivas, señal de lo cual fue la liberación de casi todos los detenidos por Hérard, en septiembre de 1843, como Mella.

Por otra parte, esa despreocupación del Gobierno haitiano en los meses finales de 1843 se puede atribuir a que se habían agudizado las pugnas entre los grupos de poder en Port-au-Prince. Los partidarios del depuesto Jean Pierre Boyer amenazaban con retornar al poder, tras organizar un intento insurreccional. En el aplastamiento de los boyeristas desempeñaron un papel destacado los regimientos 31 y 32, compuestos por dominicanos, unidades que se encontraban en la capital haitiana por haber sido trasladadas por Hérard a fin de prevenir cualquier pronunciamiento independentista. A fines de enero de 1844, Hérard dispuso el retorno de dichos regimientos a Santo Domingo, lo que resultó decisivo para que se pudiera producir la declaración de independencia.

EL MANIFIESTO DEL 16 DE ENERO

En ese ambiente menos tenso pudo Sánchez reorganizar a los partidarios de la independencia, para lo que contó fundamentalmente con sus antiguos compañeros trinitarios. El objetivo que tenía era producir un alzamiento a fines de 1843, para lo cual le envió una carta a Juan Pablo Duarte que también firmaba el hermano de éste, Vicente Celestino, fechada el 15 de noviembre de 1843. Sánchez y Vicente Celestino Duarte le pedían al Padre de la Patria que llegara por la costa de Guayacanes para ponerse al frente de la insurrección, y que procurase traer armamentos. Esa carta retrata la situación por la cual atravesaban los esfuerzos en pos de la independencia, sobre todo en la pugna contra los partidarios de la protección de Francia, conocidos como afrancesados, señalados como tercer partido.

Dicen en esa carta a Duarte:

Después de tu salida, todas las circunstancias han sido favorables, de modo que sólo nos ha faltado combinación para haber dado el golpe. A esta fecha los negocios están en el mismo estado en que tú los dejaste: por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: 2 000 o 1 000, o 500 fusiles, a los menos; 4 000 cartuchos, 2 a 3 quintales de plomo; 500 lanzas o las que puedas conseguir. En conclusión: lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues éste es el dictamen de la mayor parte de los encabezados.

Esto conseguido deberás dirigirte al puerto de Guayacanes, siempre con la precaución de estar un poco retirado de tierra, como a una o dos millas, hasta que se avise, o hagas señas, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día, si fuere de noche, pondrás encima del palo mayor un farol que lo ilumine todo, procurando, si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo, para ir a esperarte a la costa el 9 de diciembre, o antes, pues es necesario temer la audacia de un tercer partido, o de un enemigo nuestro, estando el pueblo tan inflamado.

Ramón Mella se prepara para ir por allá, aunque nos dice que va a Santhomas, no conviene que te fíes de él, pues es el único que en algo nos ha perjudicado nuevamente por su ciega ambición e imprudencia.

Se desprende de la carta que Sánchez y Vicente Celestino Duarte pretendían llevar a cabo la independencia contando con el sector liberal trinitario. Así se puede entender el reproche que le lanzan a Mella y la prisa que requerían para evitar que se les adelantaran los rivales del tercer partido. Hay indicaciones de que en ese momento Sánchez redactó un manifiesto llamando a la independencia, el cual se distribuyó por diversas porciones del país y cuyo texto se ha perdido. Por informaciones que recibió Pedro Alejandrino Pina y le transmitió a Duarte, en carta del 27 de noviembre de 1843, se colige que los trinitarios se habían recuperado de la represión de

Hérard y ganaban fuerza, mientras que los afrancesados se debilitaban. Dice Pina a Duarte:

Ha progresado el partido duartista, que recibe vida y movimiento de aquel patriota excelente, del moderado, fiel y valeroso Sánchez a quien creíamos en la tumba.

Ramón Contreras es un nuevo cabeza de partido, también duartista. El de los afrancesados se ha debilitado de tal modo, que sólo los Alfau y Delgado permanecen en él; los otros partidarios, unos se han agregado al nuestro y los demás están en la indiferencia. El partido reinante le espera a Ud. como general en jefe, para dar principio a ese grande y glorioso movimiento revolucionario, que ha de dar la felicidad al pueblo dominicano.

A los pocos días de la primera carta debió quedar claro para Sánchez que al sector por él dirigido le resultaba imposible producir por sí sólo la independencia y que, por tanto, resultaba imperativo llegar a un acuerdo con personas de otras orientaciones. En tal sentido, a fines de 1843 se reorientó hacia el logro de una alianza con un sector conservador, postura que poco antes le criticó a Mella. Así se puede entender lo que le transmite Pina a Duarte, en el sentido de que algunos afrancesados se habían unido a los liberales.

El eslabón básico de tal alianza fue Tomás Bobadilla, un letrado que ostentaba posiciones en la administración pública desde la época de la España Boba y que había colaborado con el régimen haitiano. Bobadilla, al igual que otras figuras de prestigio social, captó que la crisis en que se debatían los grupos dirigentes de Haití había creado las condiciones para derrocar el dominio haitiano. Por razones accidentales, Bobadilla no había llegado a acuerdos con Buenaventura Báez, la figura dominante entre los representantes dominicanos en la Asamblea Constituyente en la capital haitiana, quienes establecieron negociaciones secretas con el cónsul general de Francia, Émile de Levasseur, con el fin de que la proyectada República Dominicana se constituyera como un protectorado de Francia. Tal

proyecto estaba supuesto a materializarse a través de la designación de un gobernador francés por diez años prorrogables, la cesión de Samaná y la cooperación con Francia en la reconquista de Haití.

Báez y los otros diputados afrancesados, pues, estimaban que no había posibilidad de afianzar la ruptura con los haitianos sin el concurso de una potencia. Sin embargo, Bobadilla tuvo la sagacidad de evaluar que en ese momento particular los jóvenes liberales tenían una fuerza que resultaba indispensable para derrocar a los haitianos. Refiere una tradición que, con el sentido de oportunidad que le deparaba su experiencia, Bobadilla exclamó: “Yo me voy con los muchachos, porque van a salirse con la suya.” Su decisión fue aceptada por otras figuras prestigiosas, por lo que se dio la alianza entre liberales y conservadores. Cesaba así el enfrentamiento que había impedido que ambas partes se pusieran de acuerdo en los meses anteriores. Los liberales trinitarios habían visto a los conservadores afrancesados como enemigos, en primer lugar porque habían colaborado con los haitianos y se habían mostrado hostiles a sus planteamientos nacionalistas y democráticos.

Ambas partes tenían conciencia de sus debilidades y de la importancia de una alianza, pero los intentos que se habían hecho terminaban en el fracaso. Estando Duarte todavía en el país se celebraron reuniones en las cuales quedó de manifiesto que las divergencias eran insalvables.

Le correspondió a Sánchez romper esa animadversión mutua, siguiendo los pasos iniciados por Mella, cuando se convenció de que el sector trinitario que encabezaba no podría declarar la independencia. Se debe advertir que, aunque la participación conservadora fue crucial para que se materializara el 27 de febrero, todos los trabajos fueron dirigidos por Sánchez y sus compañeros del sector trinitario, quienes tenían mayor capacidad de iniciativa que el sector afrancesado. Esta primacía facilitó que los trinitarios se mantuvieran compactados alrededor de Sánchez.

A partir de esa alianza, se confeccionó un documento en que ambas partes convocaban a la creación de la República Dominicana. Este documento se titula “Manifestación de los pueblos de la parte del Este de la Isla antes Española o de Santo Domingo, sobre

las causas de su separación de la República haitiana” y se conoce como “Manifiesto del 16 de Enero” por la fecha en que fue leído por primera vez. Se sacaron cuatro copias, quedó una en Santo Domingo y se enviaron las otras tres a las regiones principales del país: al Cibao la llevó Juan Evangelista Jiménez, al sur, Gabino Puello, y al este, Juan Contreras.

El Manifiesto del 16 de Enero era una respuesta al elaborado por Buenaventura Báez el 1 de enero del mismo año; este último convocaba a la creación de la República Dominicana como protectorado de Francia. El primero, en cambio, enunciaba con claridad el propósito de establecer un Estado plenamente soberano, aunque no se menciona el término independencia sino el de separación. Aun así, no hay ningún asomo de planteamientos proteccionistas que mediatizaran la soberanía nacional. La difusión secreta de su texto terminó por crear las condiciones para que el dominio haitiano fuera derrocado.

Dicho documento estipula que los dominicanos recibieron bien a los gobernantes haitianos en 1822, y que creyeron en las promesas de protección que hacía Boyer. Empero, señala, se implantó un régimen de opresión, vicios y perfidia que trajo discordia y destrucción, lo que afectó todos los intereses sociales.

Por medio de su sistema desorganizador y maquiavélico, obligó a que emigrasen las principales y más ricas familias, y con ellas, el talento, las riquezas, el comercio y la agricultura: alejó de su consejo y de los principales empleos, a los hombres que hubieran podido representar los derechos de los ciudadanos, pedir el remedio de los males, y manifestar las verdaderas exigencias de la Patria. En desprecio de todos los principios del derecho público y de gentes, redujo a muchas familias a la indigencia, quitándoles sus propiedades para reunir las a los dominios de la República, y donarlas a los individuos de la parte occidental, o vendérselas a muy ínfimos precios. Asoló los campos, destruyó la agricultura y el comercio, despojó las iglesias

de sus riquezas, atropelló y ajó, con vilipendio a los ministros de la religión, les quitó sus rentas y derechos.

A pesar de esta tónica tradicionalista, la conclusión del documento era instalar un Estado liberal

que protegerá y garantizará el sistema democrático; la libertad de los ciudadanos, aboliendo para siempre la esclavitud; la igualdad de los derechos civiles y políticos sin atender a las distinciones de origen y de nacimiento; las propiedades serán inviolables y sagradas; la religión católica, apostólica y romana, será protegida en todo su esplendor como la del Estado; pero ninguno sería perseguido ni castigado por sus opiniones religiosas. La libertad de la imprenta será protegida.

Entre los historiadores se ha discutido quién fue el autor del Manifiesto del 16 de Enero. Tomás Bobadilla, pocos años después, con motivo de un conflicto con Santana, aseveró haber sido su autor, versión que ha sido aceptada por la generalidad de historiadores, empezando por José Gabriel García, el padre de la historia dominicana y principal fuente informativa de lo que aconteció en 1844. Empero, hay suficientes elementos que permiten afirmar que el autor del Manifiesto fue Sánchez, aun cuando nunca lo reclamó. Lo cierto es que Bobadilla se atribuyó otras cosas que carecen de toda validez, como haber sido el primero en decir Dios, Patria y Libertad o haber dirigido los hechos la noche del 27 de febrero.

La pista más importante a favor de la tesis de que Sánchez fue el autor del Manifiesto la ofrece su secretario, Manuel Dolores Galván, quien explica que Sánchez le dictó un borrador que entregó a Bobadilla para su corrección, atendiendo a que se le consideraba sujeto de muchos conocimientos. En cualquier caso, el Manifiesto estaba concebido como un documento de transacción entre los dos sectores que se pusieron de acuerdo para fundar la República. Por eso, no es de dudar que Bobadilla le introdujese modificaciones importantes. Esto ha llevado a algunos historiadores de la corriente

liberal, como Alcides García Lluberes, a considerar que este documento desvirtúa el ideario nacional de Duarte, lo que explica que no fuera rubricado por su hermano Vicente Celestino. Es indudable que algunas afirmaciones contenidas en él no podían ser suscritas por Duarte, pero en lo fundamental no se niegan sus concepciones.

Tanto Sánchez como Bobadilla debían estar de acuerdo en el argumento clave del Manifiesto: que el régimen de Boyer había sido bien recibido por los dominicanos, pero que habían sido tratados como pueblo conquistado, lo que justificaba la ruptura de los lazos. También debían estar de acuerdo en la reivindicación de las tradiciones culturales de origen español que hablan sido agredidas por los dominadores. El móvil de los trinitarios consistía en establecer un régimen democrático-liberal, pero también estaban apegados a aspectos de la tradición hispánica, como el catolicismo.

EL 27 DE FEBRERO

Aunque la participación de los conservadores le diera garantías de éxito, el golpe del 27 de febrero fue obra fundamentalmente de los trinitarios, y su planificación y ejecución fue dirigida por Sánchez. El 24 de febrero se celebró una reunión de conjurados prominentes para preparar el golpe. Estuvo presidida por Sánchez y contó con la presencia de Mella, Vicente Celestino Duarte, Juan Alejandro Acosta, Ángel Perdomo, los hermanos Jacinto y Tomás de la Concha, Manuel Dolores Galván y Marcos Rojas. A Sánchez se le confirió la jefatura con el rango de coronel y comandante de armas de la ciudad. Los propuestos para integrar la Junta Central Gubernativa, como Manuel María Valverde y Manuel Jimenes, expresaron su deseo de que Sánchez fuera designado presidente del proyectado primer gobierno dominicano.

En los días previos se había logrado el compromiso de algunos de los oficiales de los regimientos 31 y 32, así como de la guarnición de la ciudad. Por ejemplo, el trinitario Manuel Jimenes obtuvo la adhesión de Martín Girón, oficial a cargo de la Puerta del Conde.

El plan establecía que una parte de los conjurados se congregarían en la Puerta de la Misericordia y desde ahí confluirían con otros que se dirigirían directamente a la Puerta del Conde, como punto de reunión para asumir el control de la ciudad y tomar la Fortaleza Ozama. Los testimonios indican que muchos de los comprometidos no se presentaron a la hora prevista, al filo de la medianoche del 27, y que en la Puerta de la Misericordia se presentaron síntomas de vacilación que llevaron a Mella a disparar el trabucazo.

Sánchez no se presentó de inmediato a la Puerta del Conde, debido a que frente a la casa donde estaba oculto, en la esquina de las calles Hostos y Arzobispo Nouel, se encontraban conversando varios oficiales haitianos, uno de los cuales lo conocía. Sólo cuando esos militares se separaron, ignorando lo que sucedía al otro lado de la ciudad, fue que Sánchez pudo tomar el mando. Bobadilla había sido uno de los primeros en presentarse a la Puerta del Conde, pero no dirigió. Sánchez distribuyó la gente por diversos lugares de la ciudad; entre las tres y las cuatro de la madrugada, tras hacerse detonar tres cañonazos que convocaban a los patriotas de la ciudad y alrededores, lanzó una arenga a la multitud congregada frente a la Puerta del Conde. De la misma manera, él preparó la instalación de la Junta Central Gubernativa, de la cual fue designado presidente, tal como estaba convenido desde días antes. En tal virtud, ordenó a Bobadilla dirigirse a Monte Grande a asegurar a los libertos que la esclavitud no sería reimplantada.

El apoyo de la población fue tan masivo que la pequeña guarnición haitiana no osó ofrecer resistencia. Se encerró en la Fortaleza, desde donde sus jefes entablaron negociaciones con el Cónsul francés que llevaron a la capitulación sin derramamiento de sangre el mismo 28 de febrero. Los haitianos residentes en la ciudad, aunque recibieron garantías de que podrían hacerse dominicanos, prefirieron emigrar masivamente.

El 29 de febrero, al parecer por voluntad propia, Sánchez cedió la presidencia de la Junta a Bobadilla, en reconocimiento del papel que estaba llamado a jugar en lo adelante el sector conservador, con más influencia social que los trinitarios entre la población rural del interior del país. Los conservadores, por otra parte, tenían

más capacidad de acción militar, por lo menos en la banda sur del país. De ello era expresión la expectativa que se tenía en la llegada de Pedro Santana, quien junto a su hermano Ramón proclamó la caída del yugo haitiano en El Seibo horas antes que en Santo Domingo, al igual que se hizo en Los Llanos.

Desde el momento de su instalación el 28 de febrero la mayoría de los integrantes de la Junta pertenecían al sector conservador. Además de Bobadilla, se adscribían a esas posiciones Francisco Javier Abreu, Félix Mercenario, Carlos Moreno, Mariano Echavarría, José María Caminero, Delorve y J. T. Medrano. Los únicos que habían formado parte de La Trinitaria, aparte de Sánchez, eran Matías Ramón Mella, Silvano Pujol y Manuel Jimenes, aunque estos dos últimos tomaron posiciones equidistantes. Manuel María Valverde también era liberal, por lo que rápidamente fue excluido del organismo. Se dejó una plaza a Juan Pablo Duarte, la que ocupó tan pronto retornó de Curazao. Obviamente, el relegamiento de Duarte a la condición de simple vocal sintetizaba una correlación de fuerzas favorable a los conservadores, puesto que se reconocía que él había sido el mentor del movimiento. Pasaba a primar el criterio de que el mando debía corresponder a los experimentados de los sectores superiores tradicionales.

LOS PRIMEROS MESES DE LA REPÚBLICA

El conflicto entre trinitarios y afrancesados era inevitable en esas condiciones, puesto que los segundos carecían de fe en la viabilidad de la República. No obstante, la postura de Sánchez fue coherente en el punto de asumir las consecuencias del predominio de los rivales. En eso se distanciaba de Duarte, pero obtuvo la adhesión de la generalidad de sus compañeros.

El punto central que pautaba los planes de los conservadores estribaba en obtener el protectorado francés, pues estaban convencidos de que el nuevo Estado carecía de los recursos para hacer frente a la agresión haitiana. La acción del cónsul francés en Santo Domingo, Juchereau de Saint-Denys, fue de mucha importancia

en el proceso de esos días. Alentó la conspiración independentista a través de contactos con Bobadilla y contribuyó a la rendición de los militares haitianos el 28 de febrero a través de negociaciones. Los jefes conservadores fueron alentados por Saint-Denys a depositar todas sus esperanzas en Francia.

A tal respecto, el 8 de marzo de 1844 la Junta Central Gubernativa emitió una resolución secreta, transmitida al gobierno de Francia, que en lo fundamental adoptaba el Plan Levasseur. Dicha resolución ofrecía ceder a perpetuidad a Francia la península de Samaná a cambio de la protección que ese país le acordaría a la República Dominicana para mantenerse separada de Haití. De la misma manera, el Estado dominicano se comprometía a colaborar con Francia en caso de que ésta se propusiera reconquistar Haití. Esta resolución, sin embargo, no estipulaba el establecimiento de un protectorado, sino que dejaba la relación con Francia en un plano genérico de protección.

La Resolución del 8 de marzo, ciertamente, contravenía la doctrina de Duarte acerca de la independencia absoluta. La protección de Francia y la entrega de Samaná se consideraban atentatorias a la integridad de la soberanía dominicana, por lo que algunos de los trinitarios mantuvieron reservas sobre ella, aunque sin hacer una oposición manifiesta. Alrededor de ello se volvieron a poner de relieve las apreciaciones distintas que tenían Duarte y Sánchez respecto a la relación con los conservadores. El segundo trató de que la alianza no se rompiera, mientras que Duarte le dio mayor prioridad al criterio de la conservación de la independencia absoluta y de la integridad del territorio. No quiere decir que Duarte no considerara conveniente la alianza con los conservadores, pero la condicionaba a que se respetara la independencia. Prueba de ello es que, tras su regreso, no objetó la resolución del 8 de marzo, tal vez confiado en que no tendría que ponerse en ejecución al desaparecer el peligro haitiano.

Los conservadores no cejaban en el empeño de lograr el protectorado francés, y tal objetivo constituyó el meollo de un discurso de Bobadilla ante figuras notables de la ciudad el 26 de mayo, en que trató de que se aprobase el Plan Levasseur al pie de la letra, no

obstante que para esa fecha había desaparecido el peligro militar haitiano. Duarte de inmediato elevó su protesta, actitud que fue seguida por todos sus compañeros: Sánchez, Juan Isidro Pérez, Manuel M. Valverde, Joaquín Puello y Jacinto de la Concha, entre otros.

El 1 de junio la mayoría conservadora impuso una resolución de la Junta Central Gubernativa, comunicada al Cónsul de Francia, que mantenía el propósito de obtener la protección de Francia. Duarte y Sánchez firmaron ese documento, de seguro forzados por las circunstancias, lo que puso al rojo vivo la confrontación de opiniones. Así se explica la petición del 31 de mayo de la oficialidad de la guarnición de Santo Domingo donde solicitaron a la Junta que Duarte, Sánchez y Mella fueran ascendidos a generales de división, mientras que Puello lo fuera a general de brigada. La Junta respondió negando los ascensos con excepción del solicitado para Puello. Las personas partidarias de mantener la unidad no pudieron impedir que las relaciones entre conservadores y liberales se deterioraran con rapidez.

El equilibrio de posiciones se debía a las presiones que desplegaba el Cónsul de Francia. Mucha gente temía que si se retiraba de su puesto, como anunció en reiteradas ocasiones, el país quedaría a expensas de los propósitos punitivos de los haitianos. Finalmente, el desenlace de las divergencias se produjo mediante un golpe de Estado promovido por Duarte y respaldado por el jefe de la guarnición de la ciudad, Joaquín Puello; los conservadores más conspicuos fueron expulsados de la Junta Central Gubernativa, entre los que sobresalían Bobadilla y Caminero. Fueron incorporados Pedro Pina, Manuel María Valverde y Juan Isidro Pérez, este último como secretario. Sánchez fue designado presidente, lo que sugiere que se le consideraba la figura de mayor relevancia práctica dentro del grupo liberal.

En la presidencia de la Junta, Sánchez mantuvo una postura moderada, cónsona con su temperamento, procurando que no se rompieran todos los lazos con los conservadores y manteniendo relaciones correctas con el Cónsul de Francia, a quien aseguró que las anteriores solicitudes de protección se mantenían en pie.

La Junta envió a Duarte al Cibao, a fin de consolidar apoyo en esa región. A partir de entonces aparecieron divergencias entre Sánchez y Duarte. El delegado de la Junta en El Cibao, Ramón Mella, proclamó a Duarte presidente de la República, como medio de contrarrestar la oposición soterrada de los conservadores, decisión que Sánchez no secundó. Respondió a Mella de inmediato y, aunque el original de la carta se perdió, se sabe que argumentó que, pese a que Duarte lo merecía todo, su proclama tumultuosa entronizaría la anarquía. Entendía que el proceder de Mella violentaba la legalidad gubernamental instituida, que no sería acatada por personas con posiciones equidistantes entre los dos sectores y que, por tanto, podría agudizar el peligro de guerra civil.

De todas maneras, Sánchez intentó oponerse a Santana cuando éste anunció que procedería a entrar a la ciudad al frente del cuerpo expedicionario del sur, tras haberse negado a entregar su mando al delegado enviado por la Junta. Mas no halló respaldo en el jefe de la guarnición de la ciudad, general Joaquín Puello, quien comandaba la tropa que sostenía la Junta. El Cónsul francés reiteró la amenaza de abandonar el país en caso de que se enfrentase a Santana, lo que consternó a Puello. Sánchez tuvo que dirigirse a San Cristóbal a conferenciar con Santana, quien le prometió que no albergaba actitud hostil. Sobre esa base, ambos llegaron al acuerdo de permitir la entrada de la tropa llegada desde Baní, lo que se produjo el 12 de julio. Parece que Sánchez confió en la palabra de Santana, a quien conocía desde años atrás.

Al otro día, en una formación militar en la Plaza de Armas (hoy Parque Colón), la soldadesca pidió la muerte de los “filorios” miembros de la Junta y proclamó a Santana dictador. Se consumaba el contragolpe de Estado por parte de Santana, asesorado por Bobadilla y el Cónsul francés, quien le aconsejó moderación. Por tal razón, el 16 de julio se procedió a reorganizar la Junta bajo presidencia de Santana, cuando éste había reducido a prisión a los más conspicuos trinitarios. Personas como Puello y Jimenes se adscribieron al nuevo orden de cosas, que implicaba la exclusión de los trinitarios y un orden despótico. Tal vez para evitar que las cosas tomaran el peor rumbo, Sánchez no descartó del todo cola-

borar con la situación creada, por lo que Santana tardó un día en expulsarlo de la Junta. La firma de Sánchez aparece en uno de los actos de la Junta reorganizada por Santana, horas antes de ser reducido a prisión.

ÉXITO Y RETORNO

El 22 de agosto de 1844 la Junta Central Gubernativa dictó una resolución que declaraba a los jefes trinitarios traidores a la patria y los deportaba a perpetuidad. Junto a algunos de sus amigos, Sánchez fue embarcado hacia Irlanda entre los últimos días de agosto y los primeros de septiembre, y antes de llegar a la costa de esa isla el barco naufragó. Sin embargo, ninguno de los trinitarios perdió la vida. Lo antes posible, Sánchez retornó a América, pasando por Estados Unidos y estableciéndose en Curazao hasta que el presidente Manuel Jimenes dictó la amnistía poco después de haber sucedido a Santana, en agosto de 1848. En el exilio, le llegó la infausta noticia del fusilamiento de su tía María Trinidad Sánchez y de su hermano Andrés, acusados por el gobierno de conspiración, pues promovían con otros un movimiento contra el gabinete de Santana, precisamente con el propósito de que se autorizara el retorno de los expulsos.

En Curazao Sánchez se sostenía dando clases de español y de otras asignaturas, protegido por amigos de su compañero venezolano Juan José Illás. Estableció ahí relaciones matrimoniales con Leoncia Rodríguez, con quien tuvo una hija poco antes de que falleciera. Al retornar al país, en 1848, Sánchez formalizó matrimonio con su antigua novia Balbina Peña, quien pasó a ser su compañera hasta el final de sus días.

Desde que retornó al país, Sánchez se puso a las órdenes del presidente Jimenes y fue designado comandante de armas de Santo Domingo. Encontrándose en esa posición sobrevino la invasión de Faustin Soulouque, presidente de Haití, en marzo y abril de 1849. El jefe del ejército dominicano, Antonio Duvergé, sufrió algunas derrotas ante las tropas haitianas, lo que fue aprovechado por los

partidarios de Santana para desacreditarlo y desobedecer sus órdenes. La población de la ciudad de Santo Domingo cayó en el pánico, pues se estimaba que nada pararía a Soulouque. En el Congreso, Buenaventura Báez promovió la designación de Santana como jefe del ejército, lo que contravenía la postura de Jimenes. El intento que éste hizo de ponerse al frente de las tropas también se saldó con el fracaso, víctima del sabotaje de los fieles de Santana, lo que provocó que este último fuera aclamado como el único que podía salvar al país de los haitianos.

Sánchez acompañó a Santana durante unos días. Sin embargo, parece que surgieron divergencias entre ellos por motivos desconocidos, y en el momento en que se inició la batalla de Las Carerras, el 21 de abril, Sánchez se había retirado hacia Santo Domingo; aunque se devolvió al teatro de los hechos tan pronto oyó las descargas de cañón, llegó después de concluida la batalla.

A pesar de que cuatro años antes Santana había hecho asesinar a su tía y a su hermano, en ese momento Sánchez tuvo cuidado en no hostilizarlo. En términos generales, se vio obligado a pactar con la política conservadora prevaleciente como precio para poder mantenerse en el interior del país. A pesar de ello, se negó a secundar el golpe de Estado que dirigió Santana contra el presidente Jimenes, y prefirió retirarse de la vida política para ejercer el oficio de abogado o defensor público. Es cierto que, durante la breve segunda administración de Santana, en 1849, Sánchez aceptó el cargo de procurador fiscal de Santo Domingo, por lo que se vio obligado a ser acusador del general Antonio Duvergé en el primer sometimiento a juicio que le hizo Santana, quien le había tomado animadversión por haberse opuesto al golpe de Estado. Sánchez y Duvergé siguieron siendo amigos, a pesar de este acto odioso de Santana.

Movido por esa actitud cautelosa, y aunque retirado al ejercicio de la profesión, en 1853 Sánchez publicó el artículo “Amnistía”, en el que felicitaba a Santana por su disposición de permitir el retorno de todos los perseguidos políticos a raíz de tomar la presidencia por tercera vez, y lo elevaba a la condición de héroe máximo de la nación. Esa decisión de Sánchez de enaltecer a Santana le ha valido duras críticas

de algunos historiadores, que lo ven como una prueba de que sus ideas no eran iguales a las de Duarte. Sin duda, Sánchez se resignó a insertarse en el orden de cosas existente, pero eso no significa que abdicara de sus posiciones esenciales en los objetivos nacionales. Seguramente, llegó a la conclusión de que el país no estaba preparado para un orden democrático y que había que garantizar metas factibles, sobre todo salvaguardar la independencia de la República.

CON BÁEZ

Cuando Santana expulsó a Buenaventura Báez en 1853 y se abrió una pugna feroz entre ambas figuras, Sánchez, al igual que Duvergé, se puso del lado del segundo. El baecismo fue en esos años, ante todo, el medio de acción que encontraron todos los adversarios del despotismo de Santana. Los baecistas más entusiastas fueron inicialmente los jóvenes cultos de la ciudad de Santo Domingo de convicciones liberales. Sánchez se colocó en el sitio que estimó más afín con sus posiciones, comprometiéndose con Báez cuando vio que éste podía cuestionar la autoridad de Santana. Debió ponderar profundamente su decisión de incursionar de nuevo en la política, pues estaba penetrado —y lo seguiría estando hasta su muerte— de un agudo sentimiento de desengaño. Pero pudo más el sentido del deber y la vocación a entregarlo todo al bien de la patria, prendas máximas de su grandeza.

Se involucró en la conspiración de 1855, dirigida por Pedro E. Pelletier y Pedro Ramón de Mena, con el fin de derrocar a Santana y traer de vuelta a Báez. El 25 de marzo de ese año hubo un conato de rebelión que fracasó. Poco después, Duvergé, Tomás de la Concha y otros fueron fusilados por orden de Santana, quien volvía a hacer uso de sus atribuciones omnímodas. Sánchez fue expulsado de nuevo, por ser reconocido como opositor de Santana, aunque todavía no era exactamente baecista. Fue en el segundo exilio en Curazao donde estableció relaciones sólidas con Báez, quien advirtió la importancia de contar con un partidario de su estatura.

El retorno de Báez se facilitó por el acuerdo al que llegó con el cónsul de España, Antonio María Segovia, mientras se encontraba exilado en Saint-Thomas. La beligerancia de Segovia se debía a que Santana estaba orientado a una anexión a los Estados Unidos, propósito que se empezó a delinear a través de un tratado por medio del cual se arrendaba la península de Samaná. Y si República Dominicana hubiera caído bajo la tutela de Estados Unidos, como era el interés de Santana, los intereses de España en Cuba se hubieran visto gravemente afectados.

Con el fin de socavar el acercamiento de Santana hacia Estados Unidos, Segovia dispuso que todos los dominicanos que así lo quisieran podrían hacerse ciudadanos españoles. Los baecistas aprovecharon la oportunidad para ampararse detrás de su condición de súbditos españoles y realizar una oposición sin correr riesgos. Esto creó un estado de cosas que Santana no podía controlar, puesto que él consideraba que no era posible enfrentar a los cónsules de las potencias.

Tras renunciar Santana y ocupar la presidencia Manuel de Regla Mota, Sánchez pudo retornar al país, en agosto de 1856. Y desde que Báez retornó por segunda vez al poder, Sánchez se dispuso a apoyarlo, obviamente con el fin de desterrar la influencia de Santana. Desechó la candidatura a la presidencia por estimar que Báez era más conocido fuera del país. El nuevo presidente designó al prócer como gobernador de la provincia de Santo Domingo y comandante de armas de la ciudad, donde se mantuvo en actitud discreta. Cuando José María Cabral condujo preso a Santana desde El Seibo hasta la capital para embarcarlo hacia Martinica, Sánchez lo recibió en su casa y trató con consideración a quien había hecho asesinar a su tía y su hermano y lo había enviado a él dos veces al exilio.

El segundo gobierno de Báez enfrentó una revolución iniciada en Santiago el 7 de julio de 1857, a causa de la emisión de gran cantidad de papel moneda para la compra de la cosecha de tabaco. Los políticos y comerciantes cibaños estimaron que el gobierno había agredido los intereses de la región. A los pocos días, casi todo el país se había adherido al gobierno provisional de Santiago,

presidido por José Desiderio Valverde, pero las tropas cibañas no podían asaltar la ciudad amurallada. El gobierno de Santiago dispuso permitir el retorno de Santana, a quien se le entregó la dirección de las tropas que cercaban la capital, en reconocimiento de su capacidad militar.

Pero el cerco se prolongó durante casi un año, sin que Santana osara ordenar el asalto de la ciudad. Esto se debía a que Báez contaba con el apoyo decidido de gran parte de la población capitala, especialmente de los jóvenes, quienes veían a los cibaños como instrumentos de Santana. Al frente de la defensa de la ciudad fueron colocados Francisco del Rosario Sánchez y José María Cabral, quienes desplegaron iniciativas enérgicas, como la ofensiva que los llevó hasta Mojarrá pocos días después de estallar la rebelión cibaña. Después del combate de La Estrella, cerca de Los Llanos, Sánchez y Cabral se retiraron a Guerra y luego a Santo Domingo, y con posterioridad, se limitaron a realizar fugaces incursiones fuera de la muralla.

Sánchez presentó la renuncia a su cargo un día antes de la capitulación de la ciudad, de seguro como parte de los acuerdos entre las partes, pues se le dieron garantías de que podría permanecer dentro del país sin sufrir persecución; volvió al ejercicio de la abogacía y se mantuvo apartado de los asuntos políticos.

Al poco tiempo de tomada la ciudad, Santana promovió un pronunciamiento en el que se desconoció el gobierno de Santiago, pese a que éste había sido electo por los constituyentes de Moca, y asumió nuevamente la posición de dictador. Empero, desde muy pronto el poder de Santana quedó erosionado a causa de la difícil situación económica, mientras que los baecistas conspiraban y se preparaban para el retorno al poder.

Como parte del descontento reinante, en la noche del 30 de agosto de 1859 un grupo de baecistas intentaron un pronunciamiento en Santo Domingo. Sánchez, que estaba sometido a vigilancia desde meses atrás, no tuvo relación con la conspiración, pero Santana estimó que su presencia era peligrosa, por lo que lo extrajo del país por tercera vez.

CONTRA LA ANEXIÓN

Este tercer exilio lo pasó en Saint-Thomas, donde su existencia estuvo llena de privaciones, sobreviviendo casi en estado de indigencia y gran parte del tiempo sufriendo estados de enfermedad. Aun así, desde que se enteró de los planes de Santana para anexar el país a España, tomó la jefatura de la oposición. Báez, por el contrario, prefirió no mostrar oposición, calculando que la anexión iba a ser inevitable y que, ya consumada, sobrevendrían conflictos entre los españoles y Santana, lo que le daría a él la oportunidad de volver a posiciones de mando; sin embargo, dejó a sus partidarios en libertad de actuar, consciente de que no le era posible evitar que se dispusieran a combatir la anexión.

De ahí en adelante se deshicieron los vínculos de Sánchez con Báez. La vida política de Sánchez entró en una fase nueva que lo retornaba a sus orígenes trinitarios, con lo que recuperaba a plenitud la estatura de prócer y de personificación de la idea de la independencia.

Es cierto que los principales lugartenientes de Báez aceptaron la jefatura de Sánchez, pero el movimiento creado por éste no tenía por objetivo el retorno de Báez y no estaba compuesto exclusivamente por baecistas. Fue Sánchez quien le dio la tónica a los objetivos que se perseguían y fue reconocido como jefe del movimiento patriótico. Dispuso la formación de una Junta Revolucionaria en Curazao, compuesta en gran parte por baecistas prominentes, como Manuel María Gautier y Valentín Ramírez Báez. La segunda figura del movimiento era el general José María Cabral, quien, si bien había sido partidario de Báez, en todo momento mantuvo su independencia de juicio y una postura liberal y nacional, como se mostraría en su evolución ulterior. En la Junta se encontraba también Pedro A. Pina, trinitario que se mantuvo firme en todas las luchas nacionales, hasta combatir con las armas en la mano el proyecto de anexión a Estados Unidos de 1869 en adelante.

Fueron varios los textos redactados por Sánchez contra la Anexión. En todos hay una vehemente denuncia de Santana como traidor y tirano. Por ejemplo, la manifestación que dirigió a los pueblos del sur el 20 de enero se inicia de la siguiente manera:

El déspota PEDRO SANTANA, el enemigo de vuestras libertades, el plagiario de todos los tiranos, el escándalo de la civilización, quiere eternizar su nombre y sellar para siempre vuestro baldón, con un crimen casi nuevo en la historia. Este crimen es la muerte de la Patria. La República está vendida al extranjero y el pabellón de la cruz, muy presto, no tremolará más sobre vuestros alcázares.

En el mismo manifiesto, el prócer se adelanta a las acusaciones que sabía que le dirigiría Santana por haber solicitado apoyo de Haití:

He pisado el territorio de la República entrando por Haití, porque no podía entrar por otra parte, escogiendo así, además, la buena combinación, porque estoy persuadido que esta República, con quien ayer cuando era imperio, combatíamos por nuestra nacionalidad, está hoy tan empeñada como nosotros, porque la conservemos merced a la política de un gabinete republicano, sabio y justo.

Mas, si la maledicencia buscare pretextos para manchar mi conducta, responderéis a cualquier cargo, diciendo en alta voz, aunque sin jactancia, que YO SOY LA BANDERA NACIONAL.

Otro manifiesto, firmado también por José María Cabral pero de seguro concebido por Sánchez, aborda de manera analítica las consecuencias de la anexión. En ese texto se hace evidente la concepción social de la libertad que lo ratifica como una personalidad superior en su época. Analiza por qué el régimen español resultaba incompatible con los intereses del pueblo dominicano, en especial sus sectores pobres y hace un anuncio profético de lo que significaría la dominación española como ninguna otra pluma hizo en aquel momento.

La España, dominicanos, tiene que seguir uno de estos dos sistemas para gobernaros: O debe dejaros la

libertad civil, la libertad política y la igualdad de que disfrutáis, hace cuarenta años, o debe gobernaros con un sistema de esclavitud civil y política, con sus preocupaciones de raza y con su desigualdad de jerarquías. El primer sistema es imposible, porque implica contradicción con sus propios intereses; el segundo, le es forzoso seguirle para no dar motivos de queja y conservar el equilibrio colonial de Cuba y Puerto Rico.

Es verdad, dominicanos, que los primeros días os halagarán con sueldos y con demostraciones de fingida consideración; pero que esto será muy pasajero. Tan pronto como la España asegure su dominación, os veréis sometidos al vilipendio de los impuestos más caprichosos y de la desigualdad más chocante; entonces veréis que habréis trocado vuestra bandera en vano, porque seréis españoles como súbditos, pero permaneceréis siempre en calidad de pueblo conquistado, y a quien el temor de volver a pensar en su libertad, hará que el nuevo gobierno adopte las medidas más duras y más vejatorias con tal que le aseguren la presa que desea conquistar.

La España no puede dar el mal ejemplo de respetar en Santo Domingo la libertad y la igualdad que proscribía en Cuba y Puerto Rico; entonces veréis que el cambio de bandera sólo se ha operado para asegurar el goce tranquilo de unos pocos que van a disfrutar del precio de vuestra libertad.

[...] la República Dominicana no puede de ninguna manera formar parte integrante de la Monarquía Española: ella no podrá ser más que una colonia, como lo son Cuba y Puerto Rico, es decir: tierra de esclavos, tierra de opresión para todos sus habitantes, tierra de desigualdad para los pobres y los pequeños, tierra de humillación y de desprecio para los que no son nobles, tierra, en fin que no puede convenir sino a los sátrapas que la gobiernan y a los esbirros que recojen las primicias del despotismo, sacrificando toda dignidad personal.

Sánchez captó que el único aliado que tendría el movimiento nacional sería el Gobierno haitiano, presidido desde poco tiempo atrás por Fabre Geffrard, quien varió la actitud agresiva de Soulouque, aunque sin reconocer la independencia dominicana. La presencia de una potencia europea en el otro lado de la isla entrañaba peligros para Haití, por lo cual su presidente se dio cuenta de que tendría que negociar con los nacionalistas dominicanos y acordarles ayuda. El gabinete de Geffrard estaba dividido entre un sector hostil a los dominicanos y otro que entendía que había llegado el momento de respetar la decisión de los dominicanos de vivir aparte de Haití. En esta última posición se distinguió el ministro de Policía L. Lamothe. Pero la posición de Lamothe era minoritaria, por lo que Sánchez se vio precisado a presentar un memorándum del 20 de marzo a los dos ministros con los cuales negociaba, en que expuso sus concepciones de lo que debían ser las relaciones cordiales entre los dos países que dividían la isla. Una tradición familiar recoge que en la entrevista que sostuvo con el presidente haitiano, Sánchez le refirió lo siguiente:

Presidente, yo fui el instrumento de que se valió la providencia en 1844 para sacudir la dominación haitiana y crear una República independiente. Mas, no lo hice por odio, por algún sentimiento innoble o debido a ideas de preocupación social, sino porque creí que constituíamos dos pueblos con caracteres diferentes en todos los órdenes, que somos dos pueblos distintos que podemos formar estados separados, y que la isla es bastante grande y hermosa para compartirla entre ambos, dividiéndonos el dominio de ella. Además, yo en cierto modo consolido con mi acción la independencia de Haití, pues una vez conseguido el éxito de nuestra clase, celebraríamos un tratado que garantizara nuestra mutua vida independiente. No sería así, cuando España, potencia de primer orden, posea la parte este de la isla con peligros para ustedes.

EXPEDICIÓN E INMOLACIÓN

Finalmente, Geffrard aceptó prestar ayuda a Sánchez y se convino que éste abandonaría Haití y retornaría de manera secreta, de forma tal que el Gobierno haitiano no quedara comprometido con la expedición que iba a realizar. Además del permiso para utilizar su territorio, el Gobierno haitiano acordaba proveer a los revolucionarios dominicanos con armamentos. Sánchez retornó a Saint-Thomas y sus seguidores se fueron congregando en la capital haitiana, provenientes principalmente desde Saint-Thomas y Curazao. Sus planes fueron apoyados por militares dominicanos que se habían pasado a Haití poco tiempo antes, como Domingo Ramírez y Fernando Tabera. Los jefes baecistas, sin embargo, prefirieron permanecer en Port-au-Prince.

La expedición traspasó la frontera el 1 de junio, dividida en tres cuerpos. El central iba dirigido por Sánchez y penetró en la zona de Hondo Valle con el fin de atacar San Juan desde el este. El segundo cuerpo iba dirigido por José María Cabral y penetró por Comendador (hoy Elías Piña), teniendo como misión atacar San Juan desde el oeste. El tercer cuerpo estaba bajo el mando de Fernando Tabera y debía tomar Neiba, de donde era oriundo ese veterano general. Debía proteger ese flanco y luego dirigir parte de sus fuerzas en apoyo a Sánchez. Además, la expedición contó con el apoyo de milicianos haitianos de Mirebalais e Hinchá, zonas próximas a la frontera. No está claro por qué estos milicianos fueron movilizados, aunque probablemente fue por iniciativa del gobierno de Haití.

Tabera encontró muchas dificultades, pues no gozaba de popularidad en el Valle de Neiba debido a sus inclinaciones autoritarias y su defección hacia Haití el año anterior. En cambio, Sánchez obtuvo el apoyo de personas de influencia de la sierra de Neyba, entre los cuales sobresalía Santiago de Óleo. Por tal razón, no encontró obstáculos, traspasó El Cercado y pudo avanzar hasta Vallejuelo con la intención de caer sobre San Juan. Por su parte, Cabral tomó Las Matas de Farfán sin encontrar gran obstáculo y se preparaba para avanzar sobre San Juan.

Mientras tanto, Cabral recibió la información de que el Gobierno haitiano había decidido retirar el apoyo a los patriotas dominicanos, compelido por las amenazas de una escuadra española que se situó en la bahía de Port-au-Prince, por lo que procedió a dar marcha atrás sin esperar orden de Sánchez. Unos cuantos de sus subordinados solicitaron autorización para ir a El Cercado a avisar a Sánchez. Al recibir la noticia, éste decidió también retroceder, a pesar de que consideró la posibilidad de ignorar la decisión del Gobierno haitiano. Seguramente, la acción precipitada de Cabral lo compelió a ordenar la retirada.

Al no haber tropas españolas en la zona, Sánchez y sus compañeros avanzaban confiados, pero fueron sorprendidos por una emboscada tendida por Santiago de Óleo en la loma Juan de la Cruz, cerca de Hondo Valle, el 20 de junio. De Óleo y algunos de sus amigos decidieron traicionar alevosamente a Sánchez con el fin de evadir responsabilidades en la expedición y no ser perseguidos por el Gobierno español. Varios de los patriotas murieron en el acto, otros pudieron escapar, algunos de ellos heridos, mientras que el resto, un último grupo de veinte, entre los cuales muchos estaban heridos, cayó prisionero. Sánchez desechó la sugerencia de Timoteo Ogando de huir dejando atrás a sus compañeros heridos, por lo que fue capturado. Ogando procedió entonces a montar a Pedro A. Pina en el anca de su caballo.

Los patriotas fueron conducidos a San Juan, donde Santana ordenó que fueran juzgados. En realidad, se trataba de un juicio prefabricado, ya que desde Azua Santana dirigía todo lo que acontecía en San Juan. El segundo cabo Antonio Peláez de Campomanes, el español de más jerarquía en el gobierno, se opuso al juicio, con lo que se iniciaron sus divergencias con Santana, ya que percibió que la condena a muerte de los expedicionarios capturados iba a constituir un precedente funesto que minaría el prestigio de España.

El juicio careció de probidad. Aquejado de graves heridas, Sánchez se defendió a sí mismo y a sus compañeros, argumentando que no podían ser juzgados por las leyes dominicanas pero tampoco por las españolas, ya que estas últimas todavía no habían entrado en vigencia. Trató de echar sobre sus hombros toda la responsabilidad

de la expedición con la esperanza de salvar la vida de sus compañeros. Los términos de su defensa realzan su grandeza. En medio del juicio increpó a uno de sus acusadores, Romualdo Montero, quien había sido uno de los traidores en Hondo Valle, por lo cual las autoridades lo arrestaron y lo sumaron a Sánchez y sus compañeros. También increpó al juez Domingo Lazala, acusándolo de guardarle rencores por motivos personales. Ante las amenazas de éste, Sánchez le respondió, desafiante y altivo: “Puesto que está resuelto mi destino, que se cumpla.”

A pesar de su templanza de ánimo, el prócer no pudo sino experimentar momentos de amargura. Es lo que explica la misiva a su esposa, aconsejándole que procurara que sus hijos no incursionaran en política, a fin de que se dedicaran al comercio fuera del país.

Para no ser cómplice de la ignominia, uno de los comandantes de las tropas españolas que habían llegado a San Juan días antes, Antonio Luzón, decidió alejarse en dirección a Juan de Herrera al frente de su batallón para realizar ejercicios.

Herido, Sánchez debió ser trasladado al lugar del fusilamiento sobre una silla. Inmediatamente antes de caer abatido, en la tarde del 4 de julio de 1861, gritó a todo pulmón “*Finis Poloniae*”, recordando lo dicho por el general polaco Tadeus Kosciusko. Sánchez, al igual que varios de sus compañeros, murió con la primera descarga. Otros no tuvieron esa suerte y fueron rematados a machetazos y a palos. Observaban esa salvaje ejecución, impasibles, los generales anexionistas Eusebio Puello y Antonio Abad Alfau.

La majestad mostrada en el juicio y el fusilamiento terminó de equiparar la figura de Sánchez con la libertad de la patria.

BIBLIOGRAFÍA

- García, José Gabriel. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. 2^{da}. ed. Santo Domingo, 1971.
- García Lluberés, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, 1971.
- García Lluberés, Leonidas. *Crítica histórica*. Santo Domingo, 1964.

- Jimenes Grullón, Juan Isidro. *El mito de los padres de la patria*. Santo Domingo, 1975.
- Lugo Lovatón, Ramón. *Sánchez*. 2 tomos. Ciudad Trujillo, 1947.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano (1821-1930)*. Santo Domingo, 1997.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Acerca de Francisco del Rosario Sánchez*. Santo Domingo, 1976.

MATÍAS RAMÓN MELLA
EL PATRIOTISMO HECHO ACCIÓN

SU DIMENSIÓN

Matías Ramón Mella fue una de las figuras de mayor relieve en las luchas patrióticas del siglo XIX. Compañero temprano de Juan Pablo Duarte en los afanes libertarios, se distinguió por una especial capacidad para la acción que lo llevó a brillar en todos los capítulos de la lucha nacional de su tiempo. Combinó, por ende, una compenetración con los postulados nacionales y democráticos pregonados por Duarte con una voluntad por hacerlos prevalecer.

Compelido por las circunstancias de su tiempo, y al igual que casi todos sus compañeros de la sociedad La Trinitaria, desde cierto momento transigió con el predominio conservador, y ocupó funciones estatales entre los años 1849 y 1859. Incluso estableció relaciones personales con Pedro Santana, el prototipo del conservadurismo anexionista; pero no se trató de una debilidad personal, sino de un resultado de las circunstancias de su época: para los liberales como Mella, resultaba más adecuado insertarse en la situación política, pese al predominio conservador, que mantenerse aislado. Al igual que otros, no estaba movido por aspiraciones de carrera o por conveniencias, sino por el convencimiento de que estando inmerso en los asuntos públicos contribuía a que el proceso tomara los mejores cauces dentro de lo posible. Puede juzgarse que dicha elección dificultó la consolidación de una corriente liberal, situación que retrasó la evolución política del país. Adicionalmente, se pueden advertir fallas en determinadas actuaciones de Mella, quien se involucró en episodios que no tenían relación con una finalidad patriótica.

Pero, al igual que para Francisco del Rosario Sánchez, había un límite fundamental en esta cooperación: que se respetara la independencia dominicana. Por eso se hizo uno de los adalides de la

soberanía dominicana y rompió relaciones con Santana cuando éste decidió anexar el país a España.

INICIACIÓN REVOLUCIONARIA

Matías Ramón Mella nació en Santo Domingo el 25 de febrero de 1816, vástago de Antonio Mella y Francisca Castillo, quienes conformaban un hogar típico de blancos dominicanos de tradición urbana. El padre era mercader de profesión. Es poco lo que ha trascendido acerca de la niñez de Mella, pero se puede suponer que recibió la educación que podía adquirirse en esa época.

Contrajo matrimonio en 1836, a los 20 años, con Josefa Brea, su compañera en afanes patrióticos, también de una familia urbana de clase media. La pareja Mella-Brea tuvo cuatro hijos: Ramón María, Antonio Nicanor, América María e Ildefonso, nacidos entre 1837 y 1850. Uno de ellos, Ramón María, fue un tenaz continuador del ejemplo de su padre: sirvió en la Restauración y luego combatió la implantación del gobierno de los seis años de Buenaventura Báez. Falleció en prisión en 1868. Un nieto, Julio Antonio Mella, hijo de Nicanor, fue un prominente líder estudiantil de la isla vecina de Cuba.

El patriotismo de los hijos de Mella mantuvo la tradición patriótica de la familia. Su hermano, Ildefonso Mella Castillo, lo acompañó en los trajines de La Trinitaria y fue uno de los primeros en protestar contra la anexión a España. Encontrándose en Puerto Plata, recorrió a caballo la ciudad ondeando una bandera mientras gritaba: “Viva la bandera dominicana, pésele a quien le pese.” Más tarde fue remitido preso a Cuba.

Al haber contraído matrimonio, desde joven Mella se dedicó a faenas productivas, combinando sus actividades patrióticas y políticas con una vocación constante por el trabajo. En aquella época era común que personas del medio urbano se dedicaran a los cortes de maderas preciosas, especialmente caoba. A menudo los cortadores de madera estaban vinculados a posiciones oficiales, probablemente porque la actividad requería de recursos de autoridad.

Mella se inició en esa actividad económica en San Cristóbal y la continuó en Puerto Plata después de su retorno del exilio en 1848. Sin embargo, como era usual, dicha actividad no le proporcionó una fortuna, sino únicamente mantener un nivel de vida modesto y digno.

Aunque tal vez no figuró entre los que prestaron juramento ante Duarte el 16 de julio de 1838, al decir del mismo Duarte, Mella fue uno de los fundadores de la sociedad secreta La Trinitaria. En todo caso, sobresalió como uno de los activistas más connotados del contingente de jóvenes que se propusieron derrocar el yugo haitiano y fundar la República Dominicana. La divisa de su personalidad fue la acción; pero no una acción ciega, sino penetrada de las motivaciones elevadas que había enseñado Duarte. Precisamente por ello, Mella fue uno de los jóvenes que se inició en las luchas patrióticas teniendo por enseña el culto a la personalidad del Padre de la Patria.

HACIA EL 27 DE FEBRERO

Duarte y sus compañeros lograron crear en el ánimo de muchos dominicanos la convicción de que era factible lograr la independencia. Es lo que explica que estuvieran preparados cuando se iniciaron pugnas abiertas por el poder entre sectores dirigentes de la sociedad haitiana. Desde inicios de la década de 1830, en la Cámara de Diputados de Haití surgió una oposición liberal contra el presidente Jean Pierre Boyer. Casi todos los delegados del Departamento del Sur formaban parte de esta oposición, que tenía por base social a una parte del mismo sector mulato dirigente. Boyer procedió a destituir a algunos de los liberales electos, principalmente Hérard Dumesle y David Saint-Preux, con lo que su gobierno adoptó tintes francamente dictatoriales.

Los jefes liberales acudieron a la conspiración con el objetivo de derrocar a Boyer. Enterado de los planes de los liberales haitianos y dando muestras de lucidez sobre lo que debía ser el proceso de preparación de las condiciones para la independencia dominicana,

Duarte decidió entablar una alianza con los liberales haitianos. El Padre de la Patria de seguro calculó que la caída del régimen de Boyer daría lugar a un agravamiento de los conflictos en el interior de Haití y debilitaría el Estado haitiano.

Conscientes, pues, de que se avecinaban grandes acontecimientos, los trinitarios entablaron relaciones con haitianos liberales que residían en la ciudad de Santo Domingo. Dentro de esa tesitura, Duarte dispuso el envío de Mella a Les Cayes, bastión de la oposición liberal haitiana, con el fin de ofrecer apoyo y coordinar actividades. Mella llegó a la ciudad meridional de Haití un día antes de que se iniciara la sublevación contra Boyer, pero tuvo tiempo para entrevistarse con algunos políticos liberales de esa ciudad. Para facilitar libertad de movimientos, se hospedó en la casa de Maximilien de Borgella, quien había establecido amistad con su familia mientras desempeñó la función de Gobernador de Santo Domingo.

A fines de enero de 1843, en la finca Praslin, propiedad de Charles Hérard (Rivière) situada en los alrededores de la ciudad de Les Cayes, estalló el movimiento insurreccional denominado La Reforma. Al cabo de mes y medio de operaciones militares en la dilatada península del sur de Haití, las tropas de Boyer terminaron siendo derrotadas, lo que determinó la huída del dictador y la instalación de Charles Hérard como presidente provisional.

Puede inferirse que los trinitarios y los liberales haitianos de la ciudad de Santo Domingo no disponían de mucha fuerza, pues tuvieron que esperar a que llegaran las noticias de que Boyer había presentado su renuncia para iniciar una sublevación a favor de La Reforma. En realidad, mucha gente se tiró a la calle espontáneamente cuando se supo de los acontecimientos en la capital haitiana. Pero los trinitarios se pusieron al frente de las manifestaciones, con lo que pasaron a hacerse los representantes de los anhelos de la población.

Mella fue uno de los que sobresalieron en los acontecimientos que llevaron a la capitulación de las autoridades boyeristas de Santo Domingo. Por eso fue designado, junto a Duarte, miembro de la Junta Popular de Santo Domingo, un órgano local de poder en el que coexistieron trinitarios y liberales haitianos. Rápidamente, las

relaciones entre esos dos sectores se deterioraron. Los trinitarios pasaron a realizar una propaganda independentista casi abierta, y sobre la base de esa prédica ganaron en Santo Domingo las elecciones locales celebradas el 15 de junio. En este momento no sólo se consumó la ruptura entre liberales haitianos (reformistas) y los liberales dominicanos (trinitarios), sino también entre estos últimos y los conservadores dominicanos, quienes se propusieron a partir de entonces separarse de los haitianos a través del protectorado y posterior anexión a Francia, por lo que fueron designados como afrancesados.

La importancia de Mella en los acontecimientos de nuevo se aprecia en la decisión de Duarte de enviarlo a hacer propaganda independentista al Cibao. En ese momento se debatía quién obtendría la representación del pueblo dominicano, y se abrió un antagonismo entre liberales y conservadores. La misión de Mella consistió en obtener el mayor número de adhesiones entre las personas de significación social y política de las ciudades cibaeñas, y centró sus acciones en San Francisco de Macorís y Cotuí.

Algunos conservadores dominicanos delataron a las autoridades haitianas los propósitos de los trinitarios, por lo que, a principios de julio, el presidente Hérard estimó necesario realizar una marcha de intimidación. Por cada localidad que pasaba, hacía arrestar a los sospechosos de albergar intenciones independentistas. Mella fue detenido en San Francisco de Macorís en una redada de patriotas y remitido posteriormente a Port-au-Prince.

Cuando estimó que había sido superado el peligro de un estallido independentista, a mediados de septiembre de 1843, Hérard ordenó que los dominicanos apresados fueran liberados. El Presidente haitiano seguramente llegó a la conclusión equivocada de que los dominicanos carecían de la fuerza necesaria para hacerse independientes, al tomar en cuenta que la población dominicana apenas ascendía a unas 135 000 personas frente a unas 800 000 en Haití. Hérard debió calcular que las medidas represivas que aplicó bastaban para aplacar la agitación, por lo que prefirió concentrarse en la resolución de otros problemas que estimaba más apremiantes para su supervivencia en el poder. En especial, los trinitarios se

beneficiaron de los esfuerzos de los partidarios de Boyer por retomar el poder, lo que hizo que Hérard dejara de prestar atención a lo que sucedía en la lejana, pobre y poco poblada “Partie de L’Est”.

Mella reinició las labores en pro de la independencia, y tomó iniciativas por su cuenta. La más importante, por lo que indican los documentos, fue propugnar por una alianza con los conservadores. Seguramente, al hacer balance de la redada practicada por Hérard, llegó a la conclusión de que el sector liberal carecía de la fuerza necesaria para derrocar por sí solo el dominio haitiano. Inicialmente, Francisco del Rosario Sánchez, quien había quedado al frente de los trinitarios tras la salida de Duarte, se opuso a este planteamiento e intentó que la declaración de independencia fuera hecha exclusivamente por los trinitarios. Finalmente, Sánchez fue convencido de la pertinencia de la alianza, por lo cual él y Mella volvieron a colaborar. Este último había establecido relaciones con Tomás Bobadilla, uno de los conservadores de más prestancia, quien también llegó a la conclusión de que procedía superar las divergencias con los “muchachos”, puesto que ninguna de las dos partes tenía la capacidad de efectuar la independencia sin el concurso de la otra.

La incidencia de Mella en el acuerdo entre liberales y conservadores lo llevó a ser uno de los inspiradores del Manifiesto del 16 de Enero de 1844, documento en que se expusieron los motivos de la independencia de Haití. El contenido del documento fue primero discutido entre Sánchez y Mella, quienes luego lo presentaron a Bobadilla, a fin de que le introdujera correcciones y ampliaciones, en reconocimiento de su experiencia y capacidad intelectual, así como de que actuaba virtualmente como representante de sectores sociales superiores. En los días previos al 27 de febrero, tras el acuerdo entre liberales y conservadores, Mella tuvo una conspicua participación en todo lo que se tramaba.

Fue de los primeros en presentarse al final de la noche del 27 de febrero en la Puerta de la Misericordia, donde dirigía el contingente que se dio cita en ese lugar. Al apreciar vacilaciones, decidió disparar el célebre trabucazo, que obligó a los presentes a mantenerse en sus puestos. Algunos de los presentes recordaron que cuando Mella lanzó el trabucazo, profirió unas malas palabras, lo

que desmiente la versión de que el disparo fuera accidental. Manuel de Jesús Galván relata que antes de lanzar el trabucazo expreso: “No, ya no es dado retroceder: cobardes como valientes, todos hemos de ir hasta el fin. Viva la República Dominicana.” Un hecho aparentemente tan trivial como un disparo tuvo importancia en la culminación de lo planeado para la noche del 27 de febrero.

DE VUELTA AL CIBAO

Mella fue designado vocal de la Junta Central Gubernativa, primer gobierno dominicano establecido el 28 de febrero, cuya presidencia ostentó durante unas horas, antes de que se le traspasara a Tomás Bobadilla. La primera misión que se le encomendó fue marchar hacia el Cibao, con el fin de dirigir la defensa frente a los haitianos y proceder a la organización del nuevo Estado en dicha región, la más importante del país desde el punto de vista de la riqueza económica y la cuantía de su población.

Con el grado de coronel y delegado de la Junta, Mella se propuso organizar la defensa alrededor de la ciudad de Santiago, epicentro de la región. Tenía conciencia de que si esa ciudad caía se le abriría el camino a los haitianos para caer sobre Santo Domingo desde el norte. Al llegar a la ciudad, sustituyó a su comandante de armas y captó que faltaba gente para la defensa, por lo que dejó un cuadro de mando y un plan de combate antes de marchar hacia San José de las Matas, principal localidad de lo que se conocía ya con el término de La Sierra, a fin de hacer reclutamientos. También dejó la instrucción de obligar a subordinarse al Gobierno dominicano a los personajes influyentes de la línea noroeste que aún vacilaban, evitar acciones de poca monta contra los haitianos y concentrar todos los recursos en la defensa de Santiago, puesto que resultaba un punto más fácil de defender que cualquier otro. Ponderaba, además, que Santiago estaba lejos de la frontera, por lo que llegar hasta la ciudad implicaba marchas agotadoras y dificultades de abastecimiento.

Al abandonar Santiago en dirección a La Sierra, Mella no calculó la capacidad de maniobra del enemigo. El gobernador del

Departamento del Norte de Haití, general Louis Pierrot, dispuso el avance de sus diez mil hombres sobre Santiago a marchas forzadas. Esto se facilitó por el hecho de que no registró casi ninguna oposición a causa de la superioridad numérica y de la directriz de Mella de que había que concentrar todos los recursos disponibles en Santiago.

Mella había dejado el mando de la ciudad de Santiago en manos del francés José María Imbert, residente en Moca, quien tenía formación militar. Las previsiones tomadas por Mella y la competente dirección de Imbert dieron por resultado que el 30 de marzo se infligiese una derrota aplastante a los haitianos, quienes tuvieron cientos de muertos, mientras que, al parecer, pocos dominicanos perdieron la vida. El desconcierto para los haitianos fue tan grande que Pierrot aceptó una tregua y decidió retornar precipitadamente a Cabo Haitiano cuando le fue mostrado un volante que recogía la falsa noticia de que el presidente Hérard había muerto en Azua. En consecuencia, quedó en lo adelante asegurada la seguridad del Cibao.

En abril y mayo Mella se dedicó a consolidar la defensa de la región. En primer lugar dispuso el avance de las tropas dominicanas hasta la frontera. Como representaba a los liberales, enfrentó la oposición de sectores conservadores de la región, quienes obedecían a la orientación de la mayoría de la Junta Gubernativa. Pero Mella obtuvo un amplio apoyo, lo que era una señal de que en el Cibao las posiciones liberales hallaban mayor acogida que en Santo Domingo. La capital era el foco del sector conservador, pues en ella se concentraban los sectores provenientes de los tiempos coloniales por haber sido tradicionalmente su lugar de residencia; adicionalmente, en la banda sur subsistían relaciones sociales que en gran medida tenían origen en los tiempos coloniales, sobre todo la ganadería extensiva. En cambio, en el Cibao, principalmente en los alrededores de Santiago, se había ido desarrollando la producción de tabaco, que permitía la aparición de un campesinado vinculado al mercado y de una clase media urbana más moderna y dinámica que la existente en Santo Domingo.

A pesar de ese contexto social favorable, las dificultades que confrontaba Mella se agudizaron, especialmente después que Duarte impulsó la expulsión de los conservadores de la Junta Gu-

bernativa. Como lo expone Federico García Godoy en su novela histórica *Rufinito*, los sectores conservadores del Cibao se dedicaron a intrigar y a relacionarse secretamente con Santana, en quien depositaban su confianza.

Ante esa situación de divergencias, los trinitarios, que controlaban el gobierno tras la expulsión de los conservadores, decidieron enviar a Duarte al Cibao, a fin de reforzar la autoridad de Mella. Este promovió que Duarte fuera recibido en forma apoteósica en todas las poblaciones que iba atravesando. En Santiago la tropa y el pueblo reunidos aclamaron a Duarte como presidente de la República. Tal vez Mella promovió ese pronunciamiento, aunque no cabe duda que Duarte era considerado como el Padre de la Patria, por lo que operó como intérprete de un sentir popular, contrario a lo que han afirmado algunos historiadores, que sostienen que los trinitarios carecían de influencia en esos álgidos momentos.

Varios historiadores también han criticado a Mella por haber encabezado y dado curso a la proclama de Duarte como presidente, e indican que fue un acto improvisado y el primero de los pronunciamientos ilegales que han generado las contiendas civiles. En realidad, la proclama no fue improvisada, ya que respondía a un criterio bien definido que tenían los trinitarios acerca de su jefe y maestro. Además, en esos momentos Mella y otros liberales entendían que la suerte de la República corría peligro, lo que justificaba que Duarte fuera elevado a la condición de mando supremo. Ellos estimaban imperativo enfrentar los manejos antinacionales de los conservadores, que por todos los medios querían que el país pasara a ser una dependencia de Francia. Por otra parte, no se pretendía establecer una dictadura ilegal, pues en todo momento se consideró la presidencia de Duarte como provisional, sujeta a posterior consulta con la población, de acuerdo con las concepciones democráticas de los trinitarios.

Lejos de haber sido un error, la proclamación de Duarte a la presidencia enaltece la memoria de Mella, pues muestra que captó en toda su intensidad la grandeza del padre de la patria y lo que representaba en contra del anexionismo de los conservadores. No sólo evidenció estar dotado de ideas superiores, sino que también

dio muestras de arrojo y audacia, rasgos que le permitieron un protagonismo práctico sin igual en la lucha por la independencia.

Empero, la proclama de Duarte a la presidencia careció de consecuencias prácticas en la resolución del debate que enfrentaba a conservadores y liberales. Santana marchó sobre la ciudad de Santo Domingo e ingresó a ella sin oposición el 12 de julio, y dio un golpe de Estado el día siguiente. Cuando se conocieron los cambios acaecidos en Santo Domingo se debilitó patentemente la posición de Mella. Los conservadores cibaños arreciaron la conspiración y los liberales se encontraron sin condiciones para enfrentar la implantación de la dictadura de Santana. De todas maneras, inicialmente Mella logró mantener la fidelidad de las principales autoridades, pero su situación se tornaba cada vez más precaria.

A pesar de su peso económico y demográfico, la región del Cibao carecía de mecanismos de poder, sobre todo en el aspecto militar, al no existir sistemas de mando que pudieran competir con los de Santo Domingo. Por esa razón, una parte considerable de sus dirigentes, si bien no eran partidarios de Santana y los conservadores, llegaron a la conclusión de que resultaba imposible oponerse a ellos, sobre todo porque se introducía el riesgo de una guerra civil, en la que probablemente serían derrotados y que podría abrir las puertas al retorno de los haitianos. El temor de los dirigentes cibaños a la guerra civil, que los llevó a inclinarse por un acuerdo con la autoridad establecida en Santo Domingo, significaba que por primera vez la región experimentaba una derrota frente al centralismo de Santo Domingo, lo que se reiteró en ocasiones ulteriores.

Sometido a la presión de algunas figuras prestigiosas de la región, Mella decidió ir personalmente a Santo Domingo a negociar con Santana a nombre del Cibao. Al llegar a Santo Domingo a fines de agosto, fue de inmediato reducido a prisión, lo que dio la señal para que todas las autoridades cibañas decidieran acatar la autoridad de Santana. La hostilidad a Mella la había encabezado el general Francisco A. Salcedo (*Tito*), pero otras figuras con postura dubitativa, como el general Antonio López Villanueva, decidieron plegarse a la Junta conservadora. De hecho, nadie osó prestarle apoyo a Duarte después de que Mella abandonó Santiago.

CON SANTANA

Mella fue deportado a Europa junto a los otros trinitarios que escenificaron el conflicto con los conservadores. Se estableció en Puerto Rico, donde esperó el desarrollo de los acontecimientos. Al igual que otros, retornó al país en ocasión de la amnistía del presidente Manuel Jimenes en 1848. Casi inmediatamente después de llegado al país, Mella se incorporó a la administración pública, a causa del deseo de Jimenes de contar con el respaldo de sus antiguos compañeros de La Trinitaria. Pero, por razones no claras, se mostró hostil a ese Presidente, generalmente anatematizado en forma caricaturesca por una supuesta ineptitud. Cuando el presidente haitiano Soulouque inició su ofensiva, en marzo de 1849, Mella encabezó una tropa enviada hacia la frontera a hacerle frente. Forzado a retirarse hasta Azua, aconsejó a Antonio Duvergé continuar la retirada hacia Baní. Dos semanas después ya Santana estaba en la jefatura del ejército por imposición del Congreso, y Mella tomó parte en el combate de Las Carreras en uno de los puestos de mando más importantes.

Después de propinar una derrota a las tropas haitianas, Santana desconoció al gobierno de Jimenes, y Mella se vinculó a Santana, quien lo nombró su secretario particular. Al igual que Sánchez, Mella visualizó que no había posibilidad de reconstituir un agrupamiento liberal, por lo que encontró necesario integrarse a la política vigente. Ahora bien, en gran medida los dos próceres tomaron posturas divergentes en la política de esa época: mientras Sánchez se asoció con Buenaventura Báez, Mella mantuvo una relación constante con Santana. Mella, en efecto, llegó a secundar al autócrata en la orientación de asociar la suerte del país con la protección de una potencia. Esa posición abre una etapa difícil de evaluar de la vida de Mella, ya que se hizo parte del equipo dirigente que rodeaba a Santana y, en tal calidad, mantuvo silencio ante las actuaciones despóticas del gobernante. Sin embargo, no renunció a sus concepciones liberales y en todo momento, aun cuando llegó a aceptar el establecimiento de un protectorado, lo condicionó a que se respetara la condición independiente del Estado.

En la primera administración de Buenaventura Báez, Mella fue designado secretario de Hacienda, posición en la que se mantuvo por breve tiempo. Por razones que no están claras, no estableció buenas relaciones con el mandatario y se retiró a la vida privada en Puerto Plata, donde montó un corte de caoba. De tal manera, cuando Santana retornó al poder, denunció a Báez y lo desterró, Mella se puso de parte del primero.

MISIÓN EN ESPAÑA

La actuación más importante que realizó Mella en esos años fue la misión diplomática ante el gobierno de España, con el fin de que aceptara hacerse cargo de un protectorado sobre la República o, en caso de no interesarle, que hiciera un reconocimiento diplomático. Se puede presumir que Mella creía que los planes de Soulouque constituían un peligro real e inminente, y que al país no le quedaba otra salida que obtener la protección abierta de una potencia. Seguía muy viva en la memoria colectiva el pánico que produjo la invasión del jefe haitiano en 1849, y los informes que llegaban a la capital dominicana concluían que en cualquier momento se produciría una nueva invasión. Se puede colegir que en este temor radicaba la base del acuerdo de Mella con la jefatura de Santana, a quien se le veía como garantía de la independencia frente a las agresiones del Estado haitiano.

Mella salió hacia España a mediados de diciembre de 1853, pasando por Puerto Rico, donde obtuvo credenciales del Gobernador. Llegó a la antigua metrópoli a inicios de febrero de 1854 y durante los meses siguientes sostuvo negociaciones con funcionarios de Madrid, sin consecuencia alguna. En ese momento España no tenía interés en hacerse cargo de un protectorado sobre República Dominicana y se negó a efectuar el reconocimiento de la independencia al considerar que no le acarrearía ventajas. Mella expuso a los funcionarios españoles que mediante el protectorado sobre República Dominicana se consolidaba la posesión de Cuba y Puerto Rico. Estos argumentos indican que, al menos en ese momento,

carecía de una concepción de solidaridad entre los pueblos antillanos y buscaba compatibilizar los intereses dominicanos con las potencias coloniales. Sin duda que esta misión de Mella en pos del protectorado español constituye el episodio más controversial de su vida, puesto que entraba en flagrante contradicción con los postulados nacionalistas del liberalismo. Es posible que, en medio de su misión, él captara la ambivalencia de lo que hacía, de lo que hay señal por la prisa que tuvo desde cierto momento en retornar al país.

A fines de mayo abandonó Madrid y, mientras viajaba, recibió votos para la vicepresidencia de la República. Llegó enfermo a Santo Domingo en los primeros días de agosto y, días después, nuevamente recibió votos para la vicepresidencia.

EN LA REVOLUCIÓN DE 1857

Al retornar de España, Mella pidió que se le diera comisión en Puerto Plata, a fin de poder atender su corte de caoba, y fue designado comandante de armas de esa plaza después de declinar el nombramiento de Secretario de Guerra. Posteriormente aceptó el puesto de gobernador de La Vega y luego fue uno de los consejeros de Santana en los momentos en que éste era atacado por el cónsul español, Antonio María Segovia. Esta hostilidad de España se debió a que, al fracasar la misión de Mella en Madrid, Santana orientó la búsqueda de protección hacia Estados Unidos. Alarmada, España consideró que debía reconocer la independencia dominicana, a fin de evitar que el país cayera en la órbita de Estados Unidos, lo que podría tener efectos perjudiciales para la estabilidad de su dominio sobre Cuba, isla que Estados Unidos aspiraba a anexar.

En 1856, el cónsul español Antonio María Segovia dispuso que los dominicanos que lo quisieran podrían inscribirse como súbditos españoles, lo que puso en jaque al régimen de Santana, pues los partidarios de Báez se inscribieron en el Consulado y se ampararon en su condición de españoles para desplegar una oposición activa. En un momento se propuso a Mella para que ejerciera la dictadura, lo que naturalmente no aceptó. En cambio, él abogó por

expulsar a Segovia, propuesta que Santana desestimó. Se refiere que Mella exclamó en esa ocasión: “El Gobierno Constitucional tiene fuerza bastante en la ley para hacerse respetar y salvar la nación. Yo, Gobierno, cojo a Segovia, lo envuelvo en su bandera y lo expulso del país.”

En el proceso de renuncia de Santana, Mella fue propuesto para la vicepresidencia, señal de la importancia que había adquirido su persona como uno de los seguidores de Santana. Éste, sin embargo, prefirió a figuras de mayor confianza, como Felipe Alfau. Finalmente, en la vicepresidencia quedó designado Manuel de Regla Mota, pero tuvo que renunciar al poco tiempo para cederle el paso a Báez.

Desde que volvió por segunda vez a la presidencia, Báez dispuso el arresto y expulsión de Santana, pero permitió que casi todos sus partidarios permanecieran en el país. Mella se mantuvo en Puerto Plata, alejado de los asuntos públicos y concentrado en su corte de madera.

Mientras tanto, el 7 de julio de 1857, al año de Báez haber vuelto al poder, estalló en Santiago una rebelión que desconoció al gobierno. Se estableció un gobierno en Santiago y sus tropas avanzaron con rapidez por todo el país. Uno de los escasos puntos donde los cibaños pudieron ser contenidos fue en Samaná, cuya defensa pasó a dirigir el general Emilio Parmantier. Las fuerzas atacantes se mostraron impotentes para desalojar a los baecistas de Samaná. Fuera del cerco a la amurallada Santo Domingo, los combates en Samaná fueron los que concentraron la atención del gobierno de Santiago. Éste tuvo que entregar la dirección del cerco de Santo Domingo a Santana, mientras que Mella fue destinado a Samaná tras ser designado secretario de Guerra por el presidente José Desiderio Valverde en febrero de 1858. Por fin, en mayo, le fue factible a Mella desalojar a los baecistas de Samaná. Aunque no coincidieron en combate frontal, la Revolución de 1857 puso en bandos contrarios a Mella y a Sánchez, este último con el cargo de gobernador de Santo Domingo del gobierno de Báez.

RUPTURA CON SANTANA

Mella se mantuvo relacionado a Santana después que éste tomó la presidencia de la República por cuarta y última vez en agosto de 1858, tras la huida de Báez. A pesar de la consideración que le había mostrado el presidente Valverde, Mella de hecho apoyó el golpe de Estado de Santana, quien lo nombró de nuevo comandante de armas de Puerto Plata. Pero las relaciones entre ambas figuras empezaron a deteriorarse a consecuencia de las evidentes gestiones de anexar el país que desplegaba Santana, con las cuales Mella mostró su desacuerdo. A consecuencia del deterioro de las relaciones entre ambos, en enero de 1860 Santana dispuso la deportación de Mella hacia Saint-Thomas. Mella experimentó terribles padecimientos de enfermedad y pobreza y, apremiado por necesidades, aceptó pequeñas ayudas del gobierno. Después de un tiempo se le permitió retornar al país.

Pero cuando se hizo patente que la anexión era inminente, Mella reiteró su oposición y anunció que no acataba la disposición, por lo que de nuevo fue apresado y deportado. Desde un barco inglés, intentó iniciar un movimiento armado en Puerto Plata días después de la Anexión. En carta a Santana del 3 de julio de 1861 le expresó:

Ha llegado el caso de recordarle por medio de esta carta que no soy súbdito de Su Majestad Católica ni he trocado ni deseo trocar mi nacionalidad por otra alguna, habiendo jurado desde el día 27 de febrero de 1844 ser ciudadano de la República Dominicana, por cuya independencia y soberanía he prestado mis servicios, y ofreciéndolos cuando mi escasa capacidad y poco valimiento me lo han permitido. Por idénticas razones jamás me ha ocurrido pensar, menos pretender, ser general español, cuyo título en mí, como general dominicano que ningún servicio he prestado a España, fuera un sarcasmo que poniéndome en ridículo, me haría a la vez objeto de discreta desconfianza entre los mismos españoles.

En esa misma carta, Mella le advertía al autócrata anexionista: “Cumpliré con mi deber del modo que me sea posible, siempre como hijo y ciudadano de la República Dominicana.” Con esta declaración intransigente ante la traición de Santana, recobró su estatura de prócer. No pudo, empero, alistarse con la expedición de Sánchez, pues su mal estado de salud se lo impidió.

VICEPRESIDENTE RESTAURADOR

Después del fusilamiento de Sánchez, Mella se mantenía atento a la evolución de los acontecimientos, buscando la forma de reiniciar la lucha contra el dominio español. En dos ocasiones intentó ingresar al país por Puerto Plata y fue sorprendido por las autoridades. Así se puede entender que el 15 de agosto de 1863, un día antes del grito de Capotillo, ingresara al territorio nacional tras haber hecho el simulacro de aceptar la ciudadanía española. A los pocos días de llegar por Puerto Plata, se unió a las tropas restauradoras y fue requerido por el gobierno formado en Santiago a mediados de septiembre.

Desde el mismo inicio, el gobierno nacional de Santiago le encomendó tareas preeminentes, en reconocimiento de su capacidad militar y sus méritos patrióticos. En los primeros días de 1864 fue designado Ministro de Guerra. En tal calidad, fue comisionado como delegado del gobierno en el sur, misión que aceptó pese a su delicado estado de salud, consciente de las dificultades que enfrentaba la guerra nacional en esa región. Hizo el trayecto a San Juan a través de Jarabacoa y Constanza en febrero de 1864. Empero, no le fue posible cumplir con su cometido, a causa de la resistencia que le opuso el general Juan de Jesús Salcedo (*Perico*), en ese momento uno de los jefes en aquella zona, quien como otros tenía connotaciones de bandolero. Mella sólo permaneció unos días en su destino, y debió retornar a través de caminos abruptos en Haití. Ese viaje agravó su ya delicada salud, carcomida por el cáncer. El gobierno de Santiago tuvo que enviarle una litera para que pudiera llegar a la ciudad.

Desde antes de hacerse cargo del Ministerio de Guerra, trazó orientaciones de importancia en el desarrollo de las operaciones contra las tropas españolas. La más importante fue la circular relativa al empleo del método guerrillero, donde condensó su genio militar y su compenetración con el medio dominicano. Razonó que las desventajas en organización y armamentos obligaban a los dominicanos a adoptar una táctica de guerra de guerrilla. Se dio cuenta, al analizar algunas operaciones, que los encuentros frontales llevaban a la derrota de los dominicanos, como ocurrió en San Pedro en enero de 1864, donde estaban comandados por el presidente José Antonio Salcedo (*Pepillo*). Mella se adelantó a las exposiciones teóricas acerca de la guerra de guerrillas. Algunos de los puntos principales de su extraordinario texto son los siguientes:

Nuestras operaciones deberán limitarse a no arriesgar jamás un encuentro general, ni exponer tampoco a la fortuna caprichosa de un combate la suerte de la República; tirar pronto, mucho y bien, hostilizar al enemigo día y noche; interceptarles sus bagajes, sus comunicaciones, y cortarles el agua cada vez que se pueda [...]

Agobiarlo con guerrillas ambulantes, racionadas por dos, tres o más días, que tengan unidad de acción a su frente, por su flanco y a retaguardia, no dejándoles descansar ni de día ni de noche, para que no sean dueños más que del terreno que pisan, prendiéndolos siempre que se pueda [...]

No dejarlo dormir ni de día ni de noche, para que las enfermedades hagan en ellos más estragos que nuestras armas; este servicio lo deben hacer sólo pequeños grupos de los nuestros, y que el resto descanse y duerma.

Si el enemigo repliega, averíguese, ese bien, si es una retirada falsa, que es una estratagema muy común en la guerra; si no lo es, sígasele en la retirada y destaquen

en guerrillas ambulantes que le hostilicen por todos lados; si avanzan hágaseles caer en emboscadas y acríbilles a todo trance con guerrillas, como se ha dicho arriba; en una palabra, hágasele a todo trance y en toda la extensión de la palabra, la guerra de manigua y de un enemigo invisible.

Después de retornar del sur fue designado vicepresidente de la República, pero el agravamiento de su enfermedad le impidió desempeñar funciones. Al poco tiempo quedaba postrado en su pobre morada de Santiago, construida apresuradamente después del incendio que sufrió la ciudad. En el lecho de muerte, tuvo la satisfacción de recibir la visita de Duarte tras veinte años sin verse; ahora se reencontraban en el fragor de una guerra que daba plena razón a los postulados que habían defendido.

Antes de morir, Mella pidió que su cadáver fuera envuelto en la bandera dominicana. Expiró en la cama el 4 de junio de 1864, con tal temple como si lo hubiera hecho en combate. Al advertir la llegada del momento final sacó fuerzas para exclamar: “Viva la República Dominicana”.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia Dominicana de la Historia. *Homenaje a Mella*. Santo Domingo, 1964.
- Cruz Sánchez, Filiberto. *Mella. Biografía política*. 2^{da}. ed. Santo Domingo, 1999.
- García, José Gabriel. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. Santo Domingo, 1971.
- Jimenes Grullón, Juan Isidro. *Sociología política dominicana*. Vol. I. Santo Domingo, 1975.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano (1821-1930)*. Santo Domingo, 1997.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Antecedentes de la anexión a España*. Santo Domingo (Ciudad Trujillo), 1955.

———. *Actos y doctrina del gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, 1963.

Soto Jiménez, José Miguel. *Semblanzas de los adalides militares de la independencia*. Santo Domingo, s. f.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abad Alfau, Antonio 72
Abreu Licairac, Rafael 32
Abreu, Francisco Javier 57
Acosta, Juan Alejandro 55
Alfau Durán, Vetilio 17
Alfau, Felipe 17, 18, 20, 51, 88,
Andrés (hermano adoptivo de Francisco del Rosario Sánchez) 45, 61
Aybar, Manuel 15
Aybar, Silvestre 45

B

Báez, Buenaventura 21, 35, 38, 39,
43, 51-53, 61, 63- 66, 76, 85, 86,
88, 89
Billini, Epifanio, 19
Bobadilla, Tomás, 11, 28, 30, 35, 39,
51, 54-60, 80, 81
Bobeá, Pedro Antonio, 18, 19, 47
Bonilla, José A., 19
Bonilla, Pedro Pablo, 19
Borgella, Maximilien de, 78
Boyer, Jean Pierre, 23, 48, 49, 53, 55,
77, 78, 80,
Brea, Josefa, 76
Bruzual, Blas, 37
Bruzual, Manuel, 37

C

Cabral, José María, 39, 64-67, 70, 71
Caminero, José María, 57, 59
Carrasco, Pedro, 19
Carrié (gobernador haitiano) 25
Castillo, Francisca, 76
Castillo, Remigio del, 19
Concha, Jacinto de la, 18, 27, 47, 55,
58
Concha, Tomás de la, 19, 55, 63
Contreras, Juan, 53
Contreras, Ramón, 51
Cruz Sánchez, Filiberto, 92

D

Delgado, los 51
Delmonte Manuel Joaquín, 27
Delmonte, Félix María 19, 22, 38, 39
Desgrotte, Etienne, 26
Diez, Manuela, 15
Diez, Mariano, 37
Dolores Galván, Manuel, 54, 55
Duarte, Juan José, 15
Duarte, Juan Pablo, 9-40, 43, 44, 46-
52, 54, 57- 60, 62, 75, 76, 78-80,
83- 85, 92
Duarte, Rosa, 15, 19, 20, 23, 33, 35

Duarte, Vicente Celestino 18, 19, 27,
28, 37, 49, 50, 54, 55,
Dumesle, Hérard 77
Durán, José 30
Duvergé, Antonio, 30, 61, 62, 63, 85

E

Echavarría, Mariano 57
Espaillat, Ulises Francisco 37, 38
Evangelista Jiménez, Juan 19

F

Falcón, Juan Crisóstomo 37

G

Galván, Manuel de Jesús, 38
García Godoy, Federico, 83
García Lluberés, Alcides 43, 54
García Lluberés, Leonidas 43
García, José Gabriel 54, 92
Gautier, Manuel María, 66
Geffard, Fabré, 68, 69
Gerví (presbítero) 34
Girón, Martín, 55
González, Benito, 17, 18
González, Ignacio María, 39, 40
Groot (mister) 46
Guzmán Blanco, Antonio, 37

H

Henríquez y Carvajal, Federico, 40
Hérard, Charles, 27, 30, 48, 49, 51,
78, 79, 80, 82
Hernández, Gaspar, 15, 46

I

Illás, Juan José, 32, 33
Imbert, José María, 82

J

Jesús Galván, Manuel de, 81
Jesús Salcedo, Juan de, 90
Jimenes Grullón, Juan Isidro, 43, 93
Jimenes, Manuel, 26, 55, 57, 60, 61,
62, 85
Jiménez, Juan Evangelista, 32, 53,

K

Kosciusko, Tadeus, 72

L

Lamothe, L, 69
Lazala, Domingo, 71
Levasseur, Emile de, 39, 51
Lluberés, Joaquín, 19
López Villanueva, Antonio, 85
Lugo Lovaton, Ramón, 45, 46
Lugo, Américo, 43
Lugo, Nicolás, 46
Luzón, Antonio, 72

M

María, América, 76
María, Ramón, 76
Medrano, J. T., 57
Mella Castillo, Ildefonso, 76, 77
Mella, Julio Antonio, 75, 76
Mella, Matías Ramón, 18, 19, 25, 27,
29, 30-33, 35, 36, 47, 49-52, 55-57,
59, 60, 73-92

Mena, Pedro Ramón de, 63
 Mercenario, Félix, 57
 Meriño, Fernando Arturo de, 40
 Montero, Romualdo, 71
 Montesquieu, Charles de, 23
 Mora, Manuel, 32
 Moreno, Carlos, 57

N

Nepomuceno Ravelo, Juan, 17, 18, 47
 Nicanor, Antonio, 76
 Núñez de Cáceres, José, 14, 25

O

Ogando, Timoteo, 71
 Óleo, Santiago de, 70, 71
 Oquendo, Candelario, 37

P

Parmantier, Emilio, 88
 Peláez de Campomanes, Antonio
 Pelletier, Pedro E., 63
 Peña, Balbina, 61
 Perdomo, Ángel, 55
 Pérez, Juan Isidro, 11, 15, 17, 18, 20,
 27, 34, 35, 47, 48, 59
 Pierrot, Louis, 82
 Pina, Pedro Alejandrino, 17, 18, 20,
 26, 27, 47, 48, 50, 51, 59, 66, 71
 Polanco, Gaspar, 38
 Ponthieux, Alcuis, 26
 Portes, José, 39
 Puello, Eusebio, 72
 Puello, Gabino, 53
 Puello, José Joaquín, 31, 32, 58, 59,
 60
 Pujol, Pablo, 15
 Pujols, Silvano, 57

R

Ramírez Báez, Valentín, 66
 Ramírez, Domingo, 70
 Ravelo, Juan N., 18, 27, 28
 Regla Mota, Manuel de, 64, 88
 Roca, Esteban, 32
 Rodríguez Demorizi, Emilio, 93,
 Rodríguez Objío, Manuel, 37
 Rodríguez, Leoncia, 61
 Rojas, Benigno, 39
 Rojas, Marcos, 55
 Rosario Sánchez, Francisco del 18-
 20, 27-29, 31, 32, 35, 41-72, 75,
 80, 85, 89, 90
 Rosario, Olaya del, 44
 Ruiz, Félix María, 17, 18, 47

S

Saint Denys, Juchereau de, 30, 33, 57
 Saint Preux, David, 77
 Salcedo, Francisco A., 84
 Salcedo, José Antonio, 37, 91
 Sánchez, Fernando, 44, 45
 Sánchez, Juan Francisco, 43, 52,
 Sánchez, María Trinidad, 34, 61
 Sánchez, Narciso, 44, 45
 Sánchez, Socorro, 46
 Santana, Pedro, 26-30, 32-37, 39, 40,
 43, 45, 47, 54, 56, 60-64, 66, 67,
 71, 75, 76, 83-90
 Santana, Ramón, 26, 27, 45, 47, 56,
 65
 Segovia, Antonio María, 63, 87
 Serra, José María, 17, 18, 47
 Soto Jiménez, José Miguel, 93
 Soubllette, Carlos, 27
 Soulouque, Faustin, 61, 68, 85, 86

T

Tabera, Fernando, 70
Tejera, Emiliano, 18, 40, 47
Tejera, Juan Nepomuceno, 19, 20

V

Valverde, José Desiderio, 64, 88, 89
Valverde, Manuel María, 15, 55, 57-
59
Vicente Moscoso, Juan, 15, 45
Villanueva, Antonio López, 33

Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846.* Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir,* por E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño,* por E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío* (poeta, restaurador, historiador, mártir), por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones,* por Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850,* Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del "Boletín" del 1938 al 1944,* C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América.* Escrita en holandés por Alexander O. Exquemelin. Traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez. Introducción y bosquejo biográfico del traductor por R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo.* Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo.* Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Louverture Rigaud y otros. 1795-1802.* Edición de E. Rodríguez Demorizi. Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana.* Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos* (Tomo I: 1896-1908), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos* (Tomo II: 1909-1916), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos* (Tomo III: 1917-1922), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005.* Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano,* por Juan Vicente Flores. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos,* por Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos,* por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos,* por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario,* por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796,* por Manuel Vicente Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre,* de Rafael Darío Herrera (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná,* por Manuel Hernández González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño,* compilación de José Luis Sáez. S. J. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó / Textos selectos.* Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521),* por Miguel D. Mena. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo,* Vol. I: 1492-1501, por fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español. Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886.* (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886.* (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII.* (Vol. LXXX de la Academia Dominicana de la Historia). Por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos.* Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922.* Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo I (Vol. LXXXII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo II (Vol. LXXXIII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain* (traducción al castellano del P. Jesús Hernández). Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba, por Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*, por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*, por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*, por Eugenio María de Hostos. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)* (Vol. LXXXI de la Academia Dominicana de la Historia), por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2008.

- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria. Selección*, por Rafael Darío Herrera (Comp.) Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. XLVI *Años imborrables*, de Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Santo Domingo, 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*, de Alejandro Paulino Ramos. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVIII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo I) de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo II), de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008 (en prensa).
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo III), de José Luis Saez, S. J. Santo Domingo, D. N., 2008 (en prensa).
- Vol. LI *Prosas polémicas 1. Primeros escritos, textos marginales, Yanguilnarias*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LII *Prosas polémicas 2. Textos educativos y Discursos*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIII *Prosas polémicas 3. Ensayos*, por Félix Evaristo Mejía. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. LIV *Autoridad para educar*, por José Luis Sáez, S.J., Santo Domingo, D.N., 2008.

Colección Juvenil

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007
- Vol. II *Heroínas nacionales*, por Roberto Cassá. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, 2007. E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*, por Alejandro Paulino Ramos. Segunda edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*, por Roberto Cassá. Santo Domingo, D. N., 2008.

Colofón

Esta edición de *Padres de la Patria*,
de Roberto Cassá, se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Editora Alfa y Omega,
en el mes de junio de 2008,
con una tirada de 2,000 ejemplares en tapa rústica
y papel cáscara de huevo. Está compuesto en caracteres
Dutch801 Rm BT, tamaño 11,5.

